

CENIT

*— sociología —
ciencia — literatura*



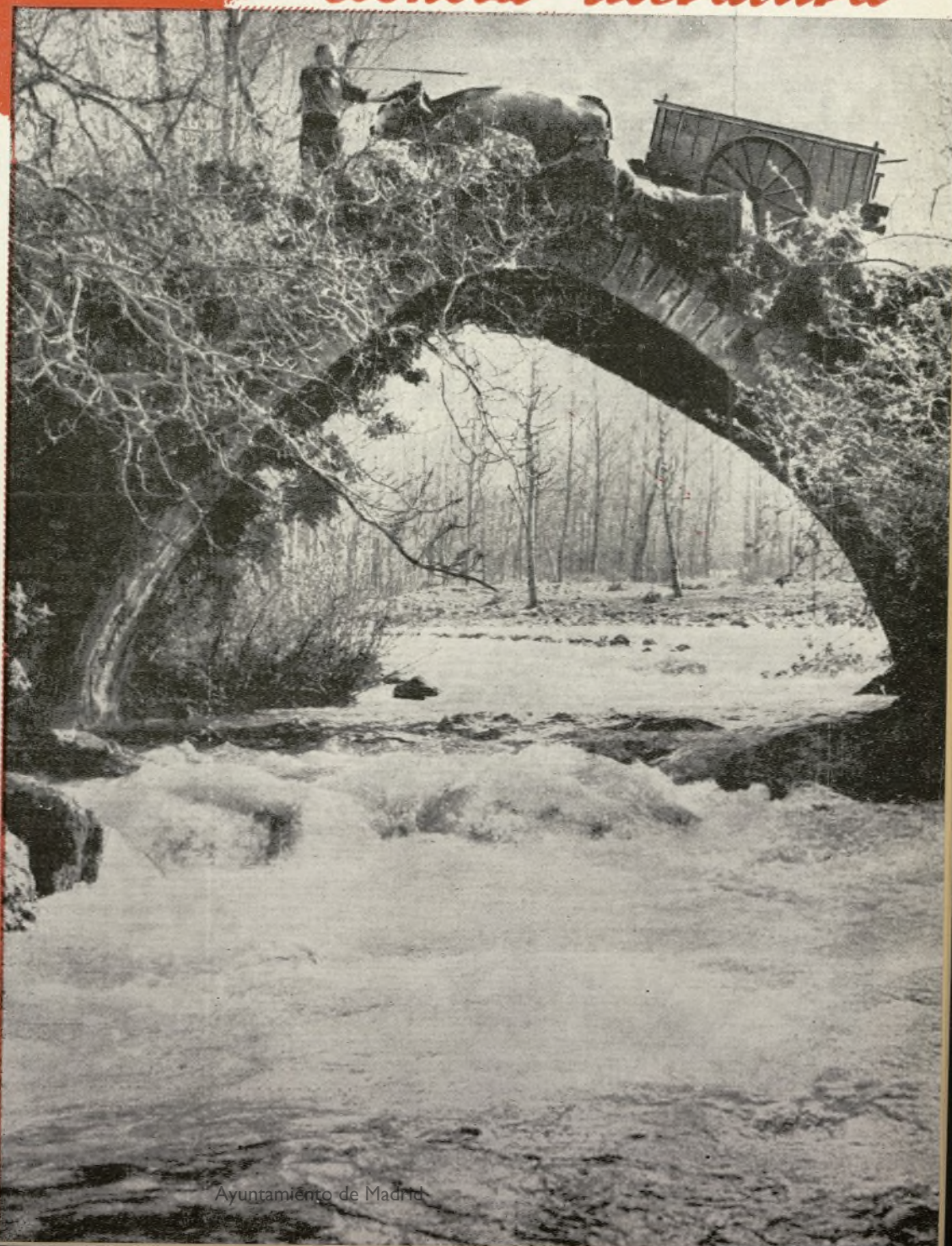
Puyol: La murria.—R. Liarte: Conciencia y sentido de la libertad. — Abarrategui: Llanto lejano por Federico. F. Ocaña: La voluntad libertaria.—II Conferencia de Muñoz Congost en Casablanca. — Felipe Cosmos: Charla de café. — Fabián Moro: Discurso del hombre libre.—V. Valdivieso: Oye, marinero.—V. Muñoz: R. G. Pacheco, anarquista de la Pampa.—Campio Carpio: La vida y los libros.—Cosme Paules: Palabras de Manuel G. Prada.—Han Ryner: Colgando los hábitos (folletón).

159

JULIO - AGOSTO 1964

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,50 F.



Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Muchas veces la Naturaleza supera a cuanto la imaginación del hombre puede construir. He aquí una imagen, arrancada de la realidad por un fotógrafo artista. Esa carreta sobre el puente, el gesto del hombre conduciendo los bueyes, los torbellinos del agua, las ramas tendiendo el encaje de sus arabescos y, como fondo, los árboles, descarnados por el otoño, perdidos en la bruma, sobre la blancura lunar de la matinal escarcha.

Ni Corot, ni Pissarro, ni Cézanne, ni Manet, ningún mago del paisaje, encontraron momento como éste. Porque sólo la fotografía —rindámosle esta justicia— tiene posibilidades de recoger un instante en que todo coincide una vez, y puede no coincidir nunca más.

Si de este paisaje extrayéramos alguno de los elementos que lo componen, la armonía y la nostalgia, la belleza y la profundidad que de él se desprenden, aparecerían aminoradas o falseadas. Es así, con los seres, las cosas inanimadas y las cosas vivas, el agua corriendo y la vida deteniéndose en un instante captado por el objetivo, como ella tiene un valor estético y humano.

La brindamos a los lectores de CENIT, para que ellos experimenten la misma emoción artística que a nosotros nos ha producido.

LLAMAMIENTO

La Redacción y la Administración de la revista, por diversos motivos, entre los que destaca su estado económico, se ha visto en la obligación de proceder a la reforma de periodicidad de CENIT. En efecto, el último balance efectuado arroja un déficit considerable, que no sabemos cómo podrá saldarse.

La única salida, que esperamos sea provisional, es la de que aparezca, de momento, bimestral.

Hemos analizado los precios de diversas publicaciones y el ritmo que han seguido desde el año 1951, año de aparición de CENIT, hasta la fecha y hemos constatado que el de la revista va a la zaga de aumentos con casi todas las publicaciones similares. Vis a vis de los semanarios, por ejemplo, CENIT debería pagarse ahora el 30 % más que lo que se paga. ¿Es quizá esta demora en los aumentos el motivo de su situación insolvente? Es posible. De todas formas, prescindiendo del porcentaje señalado, los precios quedan regularizados como más abajo se indica.

Que los lectores dispensen esta medida, por demás forzada, y que los compañeros y amigos se esfuercen por aportar a CENIT lo indispensable para que pueda continuar apareciendo como lo ha hecho durante los catorce años de vida que lleva ya.

Es lo que de todo corazón desea y de ello quedará agradecida,
La Administración y la Redacción de CENIT.

C E N I T

F.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	10,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Todo ello a partir del presente número.

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIV

Toulouse, Julio-Agosto 1964

Nº 159

ESQUEMA ESTIVAL

LA MURRIA

EN el barrio de Triana y en la prolongada calle de Castilla, cerca de la subida a Castilleja de la Cuesta, hay una barbería con su cumplida cortina de canutillos y vidriosas cuentas de rosario.

Las diez de la mañana. En la calle inundada de sol un asnillo cargado de flores y el pregonero.

—Flores, maestro, dice el vendedor, abriendo un boquete en la cortina.

No contestan: el maestro y el oficial duermen en los sillones a favor del oscuro.

Mediodía. Fuerte sol en un cielo de turquesa. Las torres son íes latinas con relojes que lanzan clamorosamente las horas. Para cigüeñas y golondrinas buen tiempo.

En algunas calles sevillanas, como la de las Sierpes, debido al mucho pasaje, pusieron toldos.

No implica ser día de barba: a mí tampoco me han sentido entrar.

La barbería es con un pequeño escaparate, dos tocadores con espejos antiguos, un asiento corrido por bajo del rústico perchero y un velador con periódicos y revistas. Hay un cuarto con la puerta entreabierta.

—Rigoberto, no entro. No me afeito. No tengo ganas.

—Se agradece.

Pregunta el oficial a los que esperando se han quedado «fritos».

—A mí con el cero.

—Igualito que mi perro a mí, dése cuenta.

—El refrán dice: «Ni perro negro ni mozo gallego.»

El Guadalquivir hierve; a causa del calor la estiva es lenta, penosísima, teniendo los obreros que trabajar medio en cueros.

No mucho mejor que el día es la noche. El ociduo sol deja tras sí un monstruoso incendio que las espaciales constelaciones por ser impotentes no sofocan.

El público se echa a la calle a respirar y no lo consigue.

En la Plaza Nueva, calor.

En la Alameda de Hércules, calor.

En los jardines de Murillo, calor.

En la Venta Eritaña, y en la de Antequera, calor.

El agua de los búcaros no quita la sed; sin hielo es caldo. La sed mitigase con café caliente.

Al llegar este tiempo, el campesino andaluz, por virtud del fuego solar, conviértese en un chicharrón.

Ha ocurrido a camporraso pararse el corazón y no andar más. Ha ocurrido caer de un andamio a tierra y no levantarse por la misma causa. Ha ocurrido morir de insolación. Ha ocurrido morir de sed...

Duro es ganar el jornal en estas condiciones.

Supone una condena.

Implica un castigo.

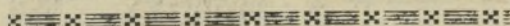
Revela una injusticia.

A una persona destinada a vivir como no merece, no se la puede obligar a que oiga misa y rece el rosario.

PUYOL



CONCIENCIA Y SENTIDO DE LA LIBERTAD



EL absolutismo niega la personalidad del hombre. Los sistemas totalitarios ejercen una influencia negativa en la sociedad. Como consecuencia del absolutismo heredado de los estatólatras, pocos son los núcleos de opinión que consiguen huir del contagio absolutista. El mundo, con tales prácticas, se va haciendo inhabitable, puesto que los conceptos absolutos conducen inevitablemente al peor terreno dogmático: la teología.

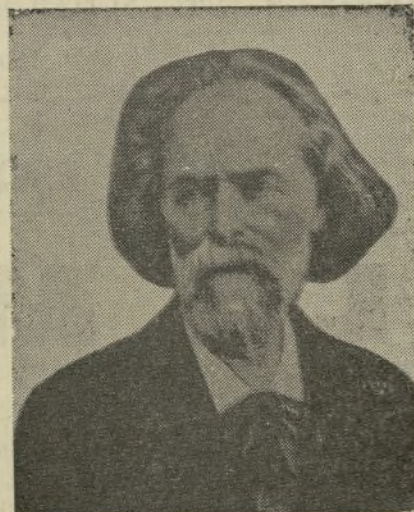
En respuesta a las Revoluciones legítimas que los males que padece la clase obrera imponían a los desheredados, las clases reaccionarias dedicaron a planear «su revolución». Así, incluso los mayores enemigos del pueblo se titulan a veces «revolucionarios». La violencia mussoliniana, el ensayo avasallador del Tercer Reich, dirigido por Hitler, eran ya réplicas del fascismo y la reacción erigidos en clase para intentar perpetuar sus privilegios y en repulsa a las aspiraciones de las clases laboriosas, igualmente organizadas para, a través de la revolución social, recuperar los derechos de que las clases dirigentes les habían despojado.

En el siglo de la violencia en que vivimos, el diálogo ha perdido de su uso, y hasta cuando es usado, de su eficacia. Pocos creen, en efecto, en el valor y la posibilidad real de persuasión. El salto atrás es notable, en ese aspecto, y amenaza destruir el Universo: Es más fácil destruir que crear. El papel de creador es, por ello, el más sublime. La imperfecta organización de vida que conocemos es, ciertamente, resultado de muchos esfuerzos, del sacrificio constante en otras épocas de quienes nos han precedido en los anhelos de superación que nos alientan. Es papel nuestro perfeccionar lo hasta ahora realizado por los hombres, y labor creadora por excelencia el cambiar lo conocido por algo nuevo que reúna mejores condiciones de salud moral y física.

En el campo político y social, los sectores organizados que, no dudando de las ideas que sustentan no sienten temor del diálogo, son contados. Son igualmente contados los que continúan luchando contra toda forma de totalitarismo. Los que, resistiendo a entregarse a la espantosa tarea de eliminación general, intentan, por encima de todo, mantener y revalorizar constantemente un sentido de la fraternidad universal que es el faro más potente capaz de orientar las consecuciones sociales duraderas. Rudolf Rocker decía: «La libertad no conoce metas finales, pero es el único medio que puede abrirnos las puertas hacia un nuevo porvenir.» La dominación del Estado para imponer la tiranía no puede ser el objetivo para los hombres libres. Sólo la reconquista efectiva de los valores morales y psicológicos del hombre permitirá una transformación profunda de la sociedad, los fundamentos de un mundo mejor. Todas las voluntades amantes de paz y progreso se dan cita en la aspiración de tal cambio.

ELISEO RECLUS

Eliseo Reclus nos habla de que «La evolución es el movimiento infinito de todo lo que existe, la transformación incesante del Universo...» Estos acontecimientos, llamados revoluciones astronómicas, no son nada en comparación con el progreso lento, pero constante, del hombre en el Universo. La vida misma es evolución. La bestialidad de unas clases imponiendo a las otras la revolución como sólo camino de defensa legítima produce el desequilibrio en las sociedades humanas. La revolu-



ción, aunque inevitable, no se basta, ni logra resolver ciertos de los problemas cruciales que aquejan a los humanos, pues que desembocan a veces en el caos colectivo. Bakunin afirma: «A menudo son necesarias sangrientas revoluciones a causa de la estupidez humana. Sin embargo, son a veces, un mal monstruoso, no tan sólo por las víctimas que ocasionan, sino también por lo que atentan a la pureza y a la realización misma del propósito en cuyo nombre tienen lugar.» Nuestra lucha va, pues, también dirigida contra esa estupidez humana que el maestro cita, y la formación de hombres conscientes y generosos es un medio ideal de combate contra ella. Toda transformación progresiva y duradera se ha de gestar, sobre todo, en los cerebros y las conciencias de cuantos se dan por tarea impulsarla.

El Estado ha intentado e intenta aún ganar la batalla decisiva del nuestro y de otros tiempos: Hacerse dueño y señor de la voluntad del hombre; no aceptar más ley que la suya ni otro poder que el emanado de sus órdenes. Ello implica, para las ideas de libertad, el riesgo de perder el puesto de honor que se tiene ganado en el corazón de los hombres. Los hombres dudan a veces de su capacidad masiva de protegerse contra los abusos de la tiranía, llegando a imaginar, en épocas, que su emancipación podía ser el resultado de la obra llevada a cabo por un Estado fuerte. Los que tal pensaron pagan hoy, con creces, el precio de una independencia que no supieron consolidar por sí mismos. Se diría que el tiempo de las sumisiones se ha abierto: Yugo y haz, hoz y martillo, cruz y puño cerrado, símbolos todos que ciertos han creído de redención. La lucha, gigantesca y desigual, marca claramente la senda a seguir: despertar la conciencia del hombre para repetirle que puede renunciar a todo excepto a la libertad, la dignidad y el derecho, patrimonios que no pertenecen ni a Dios ni al Estado, sino al hombre que es consecuente con ellos y sabe conservarlos con honradez y, cuando necesario se hace, defenderlos con gallardía.

Las dictaduras se forman cuando los hombres libres abdican de sus convicciones. Escondiendo la cabeza entre las cenizas no se consigue librarse del fuego; es preferible ser quemado por defender la libertad que perecer aplastado como una rata por las ruedas del engranaje totalitario.

Los Movimientos sociales de avanzadilla, como el nuestro, tienen, ante sí, la tarea de propiciar y acelerar el advenimiento de la emancipación general, el deber de contribuir a asegurar la victoria de la causa del pueblo, a través de las razones naturales que nos alientan y que no pueden sino morder profundamente en toda clase de mentalidades y conciencias limpias. Con la fraternidad obtenida a través de labores educativas intensas, la causa de la Libertad habrá triunfado para muchos siglos. Lo que hace estremecer de pánico al Estado son las ideas emancipadoras afincándose en el cerebro de las gentes y prendidas, cada vez más abiertamente, en el corazón de las multitudes.

LA FEDERACION DE PUEBLOS LIBRES

La Federación de pueblos Libres remplazará ventajosamente al Estado. Para hacer obra eficaz, el estudio, la transformación, no pueden detenerse, pues, que hemos de recoger las lecciones que nos ofrece la experiencia y que nos ayudan a ver más claro en esta vía de pioneros de lo social que nos hemos asignado. La causa, la palabra misma de la Revolución, viene siendo adulterada deliberadamente por quienes tras ella pretenden edificar sistemas que adolecen, en todo, de los cuantiosos defectos reprochados al enemigo de clase. Es papel urgente airear nuestra revolución, la sola consecuente, pues que encierra más de fraternidad que de odio. Una transformación política que no ofrece garantías a la personalidad del hombre, desemboca en injusticia. Importa que echemos los cimientos de una civilización libre, situando al hombre en el centro de todas las creaciones. Lo esencial es dar forma a una sociedad que ofrezca y permita soluciones de vida a todos los seres, y que sitúe en primer plano la defensa de la libertad del hombre y el respeto a su dignidad y a su vida.

La transformación de los conquistadores deberá, al final, dejar paso a la Revolución de los hombres generosos, que no predicán ni aceptan la unión en la uniformidad. De ello nacerá una era de paz y de equilibrio, sola capaz de salvar el destino del hombre, comprometido seriamente en medio del terror extendido por religiones de violencia. Nos hallamos enfrentados a una sociedad llena de injusticia y contracción. La Revolución, adulterada por muchos, ha podido traducirse en el miedo sin nombre, el terror oculto, el pánico desbordado; para quienes conservamos el sentido claro de tal término. Ella es un mundo de esperanza y de promesas. La diferencia entre los que hablan de revolución en nombre de la autoridad del poder y del orden establecido, y los que la comprendemos en nombre de la justicia social y la libertad del hombre debe ser, sin cesar, evidenciada.

Las tareas emancipadoras siguen, por fortuna, un camino ascendente y su proceso es de crecimiento continuo. Tengamos confianza en el hombre y espíritu de continuidad para alimentar elementos sanos que ayuden a la creación de esa sociedad justa. La ciencia y el trabajo han de acercarnos a la razón de la verdad. Luchemos para que el hombre sea, al fin, dueño de su propio destino. «Vuestro honor —dijo Nietzsche—, no depende de dónde venís, sino a dónde váis; lo que constituirá vuestro honor es la voluntad y los pasos que os impulsen hacia adelante.»

Quien tiene personalidad propia no puede vivir con ideas prestadas. Ahí reside la fuerza, incontentible, del pensamiento: en haber nacido para ser libre. A medida que la libertad avanza retrocede la autoridad coercitiva.

No existe libertad sin respeto al pensamiento consciente y a las iniciativas individuales. No en vano, donde reina la dominación, la rebeldía se manifiesta, espontánea u organizada, con objeto de acabar con el poder instaurado por el despotismo político. Con alto sentido de la libertad, Abraham Lincoln decía: «Si hay algo en la tierra que un ciudadano no debería confiar en manos extrañas es la conservación y la persistencia de su propia libertad o de las instituciones a ella ligadas.»

Dentro de una sociedad de orden social, los hombres han de tener una justicia igualadora. Las riquezas producidas por la comunidad pertenecen a todos. En los goces o los sacrificios, los hombres han de permanecer unidos para juntos combatir las adversidades y fomentar la felicidad. Mas para este principio de asociación voluntaria, los autoritarios de todo pelaje afirman que el hombre no es capaz de vivir libremente. Lo que el hombre no soporta es la brutalidad. «Fui siempre de la opinión —continúa diciendo Lincoln— que el hombre debe ser libre. Pero si hay hombres a quienes la esclavitud parece conveniente son los que la desean para ellos y los que quieren imponérsela a los demás.»

Movidos por la idea de descubrir nuevos horizontes de progreso, millones de seres han muerto por defender la luz de la justicia que sólo la libertad proyecta y ofrece. Del poder despótico sólo oscuridad y caos puede esperarse. Cuando el hombre pierde la libertad debe buscarla como el tesoro más preciado. Alzarse contra la dictadura que niega los derechos del pueblo, es una obra de saneamiento social. La libertad individual tiene su asiento en la libertad colectiva. Hay una armonía compuesta por todas las libertades individuales. Por principio, nadie es enemigo de la libertad propia, pero son ya menos los caracteres egregios que tienen en cuenta la de sus semejantes. Ni el tirano más cruel lucha contra su libertad; mas anula e imposibilita la de los demás. Cree, torpemente, que cuanto más esclavos sean los otros más libre puede ser él.

CONTRA LAS CORRIENTES MORBOSAS

Contra las corrientes morbosas del autoritarismo en nuestro tiempo hay que reaccionar virilmente. Desde que la vida tomó forma común dos principios se disputan la hegemonía en la sociedad: libertad y autoridad. Son estas dos fuerzas que se repelen. Potencias antagónicas que jamás podrán reconciliarse. La lucha por la libertad no terminará nunca. Es eterna. A veces el hombre como la sociedad en sus primeros albores de creación lucha por la libertad, mas a medida que envejece, no queriendo ceder su puesto a otras fuerzas, a relevos más vigorosos, caen en los vicios engendrados por el autoritarismo conservador. El espíritu conservador es enemigo de la libertad porque teme que con el ejercicio del derecho se comprometan sus intereses creados.

Al grito de libertad han respondido siempre los humildes y los desheredados, pero también todas las mentes evolucionadas de cualquier rango. Si el hombre defiende su libertad es para independizarse del miedo y la esclavitud, y en esta lucha permanente cada día se obtienen nuevas victorias. Sólo triunfa y perdura en la Historia la causa que está inspirada por el soberano sentido de la libertad. Salamina y las Termópilas siguen siendo inmortales porque los atenienses supieron enarbolarse el banderín de la liberación que mueve a los oprimidos. Triunfó Atenas sobre Esparta porque mientras ésta peleaba por el autoritarismo, aquella luchaba por establecer los derechos del ciudadano libre. La lucha de los Germanos contra Roma, de Suiza contra Austria, de Holanda contra los ejércitos de invasión españoles llegó a conquistar la victoria porque los pueblos alentados por la idea de libertad hallan más reservas para sostener el combate. Otro ejemplo más reciente: el de Estados Unidos

contra Inglaterra. Cuando un pueblo defiende sus prerrogativas es invencible. Cuantas naciones izan la bandera de la independencia y la libertad llegan a la cumbre; pero las civilizaciones que creyéndose superiores se dedican a contener la marcha hacia el progreso, acaban entregándose en manos de la tiranía, más o menos camuflada. Ningún poder avasallador se consolida en la Historia. Todos los dictadores, yendo hacia la tumba, arrastran con ellos sus sostenedores y aliados.

El autoritarismo es la meta de los cansados de luchar o de los que tienen hecho el botín. El que tiene angustia de libertad brega y lucha por obtenerla hasta el último suspiro. Este es el punto de discusión que se plantea a menudo entre las fuerzas viejas, agotadas a veces, y las fuerzas nuevas, henchidas de plenitud, dispuestas a forjar nuevas formas de existencia. Y es que toda idea que alcanza la madurez se muestra indecisa, sin saber qué camino tomar para salvarse de la petrificación. La lucha entablada entre la libertad y la autoridad es un problema humano; es la vida misma puesta a discusión. La Historia no es más que una secreta y prolongada angustia del hombre por la libertad. La autoridad es un aborto del fanatismo. Quien dice vida dice progreso, renovación. Pensamiento es superación. Y como la vida es progreso, es decir, cambio constante, toda idea que se oponga a la evolución del pensamiento es un estorbo para los seres pensantes. Esta es la razón de que el hombre desprecie la autoridad que, amparándose en dogmas muertos, se niega a reconocer la presencia de nuevos valores nacidos para renovar y defender la idea de libertad.

Ningún pensador libre ha sido hermético ni cuadrado. Pensar es hacer un esfuerzo para descubrir o, dicho de otra forma: cerrar las puertas al pensamiento siempre insatisfecho es matar la iniciativa más fecunda del hombre. El pensador se nutre de los hechos y experiencias de cada día. Goethe, fiel a la proyección cultural de su siglo, supo expresar genialmente una idea nacida de su cuerpo anciano y espíritu joven: «Si, apruebo totalmente ese sentido del derecho; ésa es la última conclusión de la sabiduría: sólo merece la libertad y la vida el que sabe conquistarla diariamente.»

El gran problema: hacer una vida libre para todos los hombres. Dar forma y personalidad a hombres que no estén rodeados de opresores u oprimidos. Un hombre capaz de vivir en libertad sin atentar contra el derecho de los que le rodean. Si hay una revolución necesaria e imprescindible es la que está pidiendo a gritos el sentido común contra los que pretenden encasillar la vida en una forma única.

No hay ni puede haber nada más antidogmático que un pensamiento libre. Es la llave del análisis incesante que va abriendo nuevos cauces al discurrir del hombre. La libertad merece ser una realidad viviendo más que una especulación teórica. Cabe cuidar la libertad de los otros como la nuestra. Si el conjunto humano no se libera, tampoco puede liberarse el individuo. La libertad no se implanta mediante decretos: se consolida diariamente cuando se cultivan los sentimientos y se van formando los hombres capaces de preservarla de toda coacción autoritaria.

¿Cómo impedir el avance del absolutismo? Portándonos como seres de tolerancia racional. Somos adversarios de los estatólatras que limitan la libertad del pueblo. Para dar un ejemplo de civismo, el ciudadano libre debe hacer buen uso de la libertad. En cualquier época se puede ser libre, a condición de no transformarse en liberticidas. ¿Quieres ser libre? Lucha para que los que están a tu lado dejen de ser esclavos. La libertad es puro egoísmo si se pretende empezar por uno mismo, egolatría de superhombre. Exijamos la libertad de poder hablar, escribir y pensar de acuerdo con nuestros sentimientos sin atentar contra la independencia genuina de nuestros seme-

jantes. Grande y alentador es propagar la libertad, pero es más grande practicarla con actos visibles que no encierran jamás engaño para nadie.

LA LUCHA DEL HOMBRE

La lucha del hombre es la Historia de la evolución de la humanidad. El ser humano lleva en sí mismo el principio constante del progreso en la existencia. Tres son, en la sociedad, las energías principales que facilitan el desenvolvimiento humano: el instinto de conservación, el pensamiento consciente y la actividad responsable. El instinto de conservación trabaja movido por una inspiración generosa: conseguir el orden y la paz. La guerra no es, ni será nunca, el estado normal del hombre. La lucha y la vida pacífica y creadora nos acerca cada día más a la verdadera vida, que es, sin duda, civilidad y apoyo mutuo. A medida que descubrimos nuevas y superiores formas de cooperación social nos liberamos de la autoridad coercitiva. La tragedia del hombre tiene su origen en las desigualdades que por doquier nos rodean. A la libertad se va por el camino del bien, no por la pasarela de la ignorancia, del fanatismo ciego.

Principio es lo que se acoge y acepta íntimamente en su esencia. Los detalles son, a veces, accesorios. El principio de toda moral humana se basa en el respeto a la vida de la creación y de todos sus seres. Todo fanatismo implica un gran defecto de deformación dogmática. Toda reforma en beneficio de la sociedad exige acercamiento a los demás. No hay equilibrio sin apoyo ni armonía sin variedad. El orden es el conjunto de los criterios unidos en la común libertad indivisible. Las ideas tienen, sin discusión posible, una importancia suprema, pero los métodos que se utilizan para hacerlas llegar a quienes aún no las comparten, son igualmente decisivos. Llevamos nuestra lucha y con la razón por aliada inseparable; nuestras posibilidades de seducción y convencimiento son mayores que las de cualquier otro sector o corriente en lo social.

Hay que enfrentarse responsablemente con los problemas difficilísimos que la sociedad nos plantea. Los principios religiosos, filosóficos y sociales van convirtiendo al hombre, con el vicio de las repeticiones cargadas de tono, en un ser anquilosado para pensar por cuenta propia. La absurdidad del «todo está dicho», del «no hay nada nuevo bajo el sol» dificulta la edificación de la obra gigantesca que reclama nuestra era científica: un mundo libre y generoso en cuya organización el hombre sea el principio y fin de todas las cosas. Sólo escalan las cimas del idea los que tienen fe en sus convicciones y se hallan preparados para resistir, superándolas, las dificultades tendidas a su paso. La táctica es el arte que enseña a poner los problemas en orden. Un método bien organizado tiende a conseguir los objetivos deseados con el menor desgaste de fuerzas y la mayor unidad moral con las Ideas que nos mueven a la acción.

NADA FUERA DEL PUEBLO

Es indudable que toda transformación social pertenece al pueblo porque de él surge y en su conciencia creadora se nutre. La revolución consciente, preparada a través de diferentes fases de evolución moral, cultural, no es una ruptura con el pasado. En la colaboración leal entre los hombres nace la transigencia mutua, el acuerdo libre, sin cuyo entendimiento no hay seguridad posible. La lucha presente y futura presenta, sin duda la posibilidad de colaboraciones con sectores determinados que dicen defender —y defienden, a su modo— los derechos del individuo. El que ofrezca garantía y seguridad al pensamiento del hombre merece nuestra confianza noble. Justo es que si anhelamos conquistar sentimientos ajenos hagamos entrega altruista de los más

puros que llevamos en nuestra conciencia de idealistas prácticos.

Atravesamos una época marcada por la brutalidad y la violencia. La pasión bélica que tiende a imponer las ideas determinadas por la fuerza, no tiene límite. Las naciones y los hombres reflejan en sus programas los conceptos más avanzados; sin embargo, el afán de dominación va segando las plantas olorosas cultivadas por el pensamiento libre. Las palabras no revelan ya siempre el pensamiento real de los hombres. El autoritarismo es la enfermedad secular que mina la salud del hombre y de sus preceptos mejores. Época de etiquetas: el hombre —idea metamorfoseado en hombre— consigna. ¿Hay algo más despreciable que los hombres sometidos a la infalibilidad del «slogan»? Contra esa concepción egoísta y perversa de las ideas debemos rebelarnos, porque el hombre no se convierta en un nuevo vasallo de las sectas que hoy pretenden acaparar el tesoro político-social de las ideologías puestas en circulación.

Para toda conciencia sana lo vital es el individuo. No son los códigos quienes crean vida, sino los hombres. Un mundo de teorías abstractas es un almacén de quimeras o especulaciones dignas de respeto; un mundo de hombres a secas vale más que todas las escrituras santificadas porque es la idea hecha humanidad, el verbo hecho carne.

Admiremos las ideas por lo que de mejor tienen: el ser hijas de los hombres; pero amemos al hombre por ser él el creador de las Ideas. Las multitudes embrutecidas por la metodología del «slogan» llevan adentro el germen de destrucción. No es menos devastadora la plaga de la ignorancia causante de la incompreensión y la intransigencia. El afán de revancha y el deseo de vencer ciegan, a veces, las puertas del entendimiento. Cada sector tiene su barricada ante la puerta, y es que no hay colectividad que no esté atrincherada en sus fortines de combate.

Vivir es continuar por la vía de la revolución verdadera hacia una civilización superior. Todo principio cimentado en el mejoramiento de las relaciones humanas es loable. Interesa que el hombre se entregue al trabajo del progreso mediante el ejercicio de la ciencia, de la cultura y la paz. La verdad más viva está en cada uno de los hombres, y en todos y cada uno hay una parte de razón para expresar puntos de vista diversos en esta escuela de la vida. El día que los hombres se asocien para luchar por el bien de todos habrán hecho cuerpo la verdad más sublime de toda la creación: la solidaridad, base de todos los principios justos y de todas las ideas dignas. Donde existe humanidad solidaria los caminos viables para llegar al bien son infinitos. Utilicemos todos los principios altruistas para salvar al hombre, porque el hombre es principio y fin de todas las Ideas.

La vida se nos presenta como un vasto campo de lucha. Nacemos para combatir. El hombre pelea contra los elementos no aceptando el misterio ni la predestinación. Quien se rebela contra la fatalidad aspira a dirigir los hechos. En la naturaleza todos los seres luchan de una forma u otra para vivir. La semilla invisible pasa a ser hierba, haciéndose con el tiempo árbol frondoso. La circulación del agua pone de manifiesto la evolución de la naturaleza trabajando incansablemente para encontrar el verdadero cauce de la existencia perdurable y eterna. León, caballo o pájaro, luchan, cada uno, a su manera, a fin de conservar una plaza bajo las estrellas. Lucha todo lo que tiene vida y quiere seguir subsistiendo.

NUESTRO COMBATE

El hombre lucha contra todo lo que encadena su acción y quiere impedir el libre curso de sus ideas. El pensamiento no acepta la esclavitud, y es que el hombre tiene en sus manos una palanca capaz de mover el mundo:

la voluntad. Ambicionamos fundir la realidad en el molde de nuestro cerebro a fin de que la inteligencia dicte los acontecimientos. Cuando el hombre medita es que busca orientación. Toda duda persigue un objetivo: hallar la solución al problema planteado. El hombre afirma cuanto conoce o cree; duda cuanto teme e ignora y, en todas las circunstancias, se ve obligado a luchar para alcanzar sus objetivos.

Cada hombre es un ser aparte, un cuerpo unido a los demás por infinidad de lazos invisibles que forman la unidad del Universo. Mi pensamiento no es tal vez tu pensamiento, mi sentimiento puede no ser tu sentimiento, pero todos pensamos y sentimos cuando tenemos conciencia de nuestras facultades. Verdad es que mi vida no es la tuya, mas de la misma manera que todo cuanto me rodea necesita de mí para ser lo que es, yo tengo necesidad de todo cuanto me sostiene y alumbra para ser lo que yo soy. «No podemos quedarnos fuera del Mundo», dijo Grabbe. Luchar por los demás es combatir por uno mismo. Hasta en la parte más noble de la lucha hay un fondo de egoísmo. Pero el egoísmo más noble es, sin duda, el que basa la liberación personal en la colectiva.

El hombre aparece siempre en la historia universal con su lanza y su herramienta, buscando una sociedad superior. En la lucha hay sueño y realidad. Luchamos soñando para avanzar en busca de una realidad desconocida, aunque deseada. «La vida es sueño, expresó con acierto el poeta. La Historia ha sido escrita con el pensamiento soñado por el hombre.

«Yo sueño que estoy aquí
destas prisiones cargado...»

Nadie puede sentirse aherrojado sin lucha con toda su voluntad por sentirse libre. ¿Soy libre para soñar? Soy, pues, dueño de mí mismo. Me podrán quitar el sol, el pan tal vez, no mi conciencia que se siente solidaria del humilde, rebelde ante el tirano. La lucha, que es despreciable si entraña ataque al dócil, al sumiso, es, sin embargo, sagrada, cuando la fuerza es empleada para combatir al déspota.

No luchan los cansados ni los abúlicos, sino los inquietos y los convencidos. El descontento ante un determinado estado de cosas lleva ya en sí los gérmenes del combate. Sin duda, para luchar hace falta serenidad de conciencia y elevación de criterio. Sócrates, humillando la cólera de los legisladores de su época, rebelándose contra los poderosos y los violentos, puso de manifiesto que la vida pertenece por entero a cuantos aman, sienten y comprenden. Miguel Servet, Ferrer Guardia, Ghandi, caídos todos por alcanzar la libertad y la justicia. Son los grandes rebeldes de la Historia. Seres que mostraron su desacuerdo con las reglas del poder constituido. Sólo los grandes soñadores pueden ser combatientes incansables, enamorados sinceros de la verdad.

Todos los que avanzan arrebatándole distancia al camino tienen una ambición común: llegar. Unos escalan la montaña como el caracol, vertiendo baba y arrastrándose; otros, como el lobo, devorando el animal inferior que encuentra a su paso. Los verdaderos hombres suben a fuerza de energía y de limpieza, hincando sus uñas en la piedra, haciendo de la naturaleza y del sentimiento un mismo cuerpo. A estos exploradores sedientos de razón la fe les sirve de brújula. Zaratustra, la expresión definitiva del super-hombre, encarna el poder de la voluntad. El hombre hecho meditación y personalidad. Hamlet es el genio crítico, intelectual y ponderador que todo lo pone en duda. Jean Valjean, idealista propagador del bien, generoso y humilde, escala un puesto elevado de la justicia humana. Karamazoff, soñador y asceta generoso y desprendido. Y en definitiva, la más alta expresión de la civilidad en el hombre: Don Quijote de

la Mancha, amigo del humilde y protector del débil, señor de inmensidades, humano, batallador y leal. Don Quijote de la Mancha escala la cima del heroísmo y del ideal no sólo por el placer de la lucha, sino movido por el afán de entregar a la humanidad lo mejor de su pensamiento y los aspectos más nobles de su sentir. Caballero del Amor, profeta de la Belleza y creador de Ideas, Don Quijote logra ofrecernos un ideal práctico que está muy por encima de todo cuanto hasta nuestros días el hombre idealista conoce.

No hay, pues, combate más sublime y justo que el del hombre por la libertad. El esfuerzo del campesino que cultiva la tierra lanzando la simiente invisible es el ejemplo más claro de la lucha por la conquista del pan. Todas las armas de lucha redentora son saludables si no se manchan al ser esgrimidas por manos criminales. El individuo y la colectividad luchan contra la muerte. La muerte no resuelve el problema eterno del hombre, que es combate constante en pos de la perfección moral. Es siempre esperanzador y práctico tener confianza en el hombre a pesar de los defectos cuantiosos que acumula y padece. La mentira y la calumnia no son armas dignas de ser empleadas por un luchador leal. Quien pelea con malas artes queda enredado en sus propias redes.

Uno de los resortes más poderosos de la lucha es la fe. Luchar con fe es decidir lo principal de la batalla. En el combate es incluso preciso ser la esperanza del que se desmoraliza. Un hermano del caído, un amigo de todos los hombres debe ser el que dice luchar por la ética y la armonía social. «Con tales prácticas no irás muy lejos», dirán los energúmenos de todos los credos. No importa. Es mejor quedar destrozado en el camino que alcanzar la cima de la ambición con las manos sucias.

¡Que nuestro ánimo no decaiga jamás! El que es incapaz de pronunciar una palabra de aliento cuando todos tiemblan, está condenado al fracaso. Una voluntad fuerte y un cerebro sano siempre tienen algo que hacer o decir. Tenemos que curar muchas heridas. Importa salvar millones de seres que padecen aún más bajo la tiranía y la injusticia. En el combate claudican los mercenarios, no los idealistas. El hombre ha de defender sus ideas con métodos altruistas y humanos. Sentir una Idea y defenderla es adoptar una posición heroica.



CONJUNCION DE FUERZAS

Nada vale la fuerza física sin la fuerza moral. Razón y energía deben ser dos fuerzas unidas en la batalla que libramos cada día. ¿Qué importan el dogma, la religión, la doctrina o el Estado ante el hombre? Lo que tiene un valor eterno es el individuo. Las civilizaciones nacen, crecen y desaparecen. Brotan las ideas y se extinguen para que otras ideas puedan nacer. Los hombres quedan unidos sobre la tierra para regarla con su sudor o teñirla con su sangre. Luego lo esencial es luchar hoy y mañana y siempre por la redención y la libertad del hombre.

Interesa preparar hombres para la organización de una paz racional y creadora. Reconciliar a los pueblos, unir a los hombres en la lucha por la cooperación universal. Importa que nos dediquemos a levantar el edificio social del porvenir en el que todos tengan acceso, espacio, confort y seguro. La lucha es ciencia para ganar batallas en favor de la libertad. Si algún problema ha resuelto el hombre a través de todos los tiempos lo debe a la lucha por el mejoramiento de su existencia. Comparado lo que fue el ser humano ayer y lo que es hoy podemos intuir lo que será el hombre de mañana. De la caverna hemos saltado al Museo, a la Fábrica, al Laboratorio. La bestialidad no es el orden que pueda presidir siempre los destinos de los pueblos. Hemos pasado del instinto ancestral de la selva a estados más elevados de comprensión y entendimiento. Las teorías altruistas se van abriendo paso en las conciencias humanas. Millares de domadores de sangre, legiones de defensores del débil, actos sublimes de abnegación realizados por hombres desprendidos, componentes de la especie que se inoculan y adquieren voluntariamente las peores enfermedades en un esfuerzo denodado de hallar remedio a los males que aquejan a sus semejantes, tantas y tantas muestras de una consciencia de vida y de un sacrificio humanizado que nos anuncian, sin equívoco, una era de comprensión y de paz universal.

La capacidad moral de la especie humana sube de manera evolutiva, mas nadie puede detener los pasos que damos hacia la perfección y la libertad. En el combate permanente por el equilibrio universal nunca debemos darnos por vencidos, ni lo estamos en realidad. No miremos los charcos de sangre que la brutalidad ha dejado tras nosotros; miremos hacia adelante porque una nueva aurora de resurrección libre y armónica nos saluda desde el horizonte lejano. ¡Adelante! ¡Siempre adelante! Tal es el grito del nauta que navega en pos del puerto soñado, del sabio que trabaja para arrancar sus secretos a la naturaleza, del campesino que abre surcos donde ha de germinar la simiente que alimente la comunidad toda...

¡Adelante! ¡Siempre adelante! Como la punta de flecha disparada hacia un blanco decisivo, así hemos de ser los hombres de ideas. El camino es largo. La meta lejana. Hay una distancia inmensa a recorrer aún. Vayamos restañando heridas, reconstruyendo entre las ruinas ayudando a la salvación de los hombres. No nos creamos nunca demasiado generosos. No hay gesto más noble que el dar a otros más de lo que de ellos hemos recibido. En la lucha, cuando ya se ha dado todo, cuando no queda ya nada que ofrecer a quienes comparten al lado las alegrías y las desdichas, la última energía del conocimiento consciente debe servir para ofrecerles, como dibujo supremo de una personalidad que ha hecho vida sirviendo a la especie, un gesto de comprensión.

RAMON LIARTE

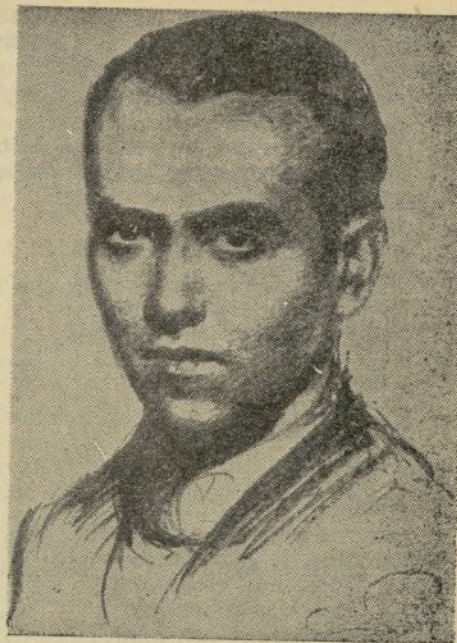
Llanto lejano por Federico

A los cien mil Lorcas de España.

LA COGIDA Y LA MUERTE

Fue en madrugada española.
En sangrienta madrugada de España.
La envidia extendió su tapete rojo
en madrugada española.
Los tobillos mordidos por el viento
y el dolor en los dedos de la hierba,
en madrugada española.
El pretexto del campo era su muerte,
sorprendida y sin más razón que muerte
en madrugada española.

La pena se tragó todas las cosas
con la lengua pisada por mil botas
en madrugada española.
Se escapaban llorando los jazmines
con llantos triturados de lagartos
en madrugada española.
Y los Cristos de hierro se orinaban
con el miedo gigante de los locos
en madrugada española.
Las letras de Granada, azul de punta,
repetían su horror por los relojes
en madrugada española.
Y oscuros desgarrones de blasfemia
iban del almanaque a los mebrillos
en madrugada española.
El Genil y el Darro se denunciaban
a los pies de la torre de la Vela,
en madrugada española.
Brotó la sangre en rama por los patios
donde los niños mordieron la nana
en madrugada española.
A los árboles iba el mar informe
para colgar entrañas abismales
en madrugada española.
Y el corazón fraguaba sus murallas
pudriéndose en el malva de los cerros
en madrugada española.
No cabe la pregunta de quien busca
la mano amiga de la muerte obtusa
en madrugada española.
Pero ofende en el vientre su bramido
cuando el labio dibuja una sonrisa
en madrugada española.
¡Cómo escapar del odio en uniforme
para pedir al cielo explicaciones
en madrugada española!
¡Tanto horror sacramental, bendecido
por manos que apretaron tantas llagas
en madrugada española!
¡Por qué talar la hombría enamorada
de limpias libertades con sus brotes
en madrugada española?



FEDERICO GARCIA LORCA

Fue una madrugada de granito,
una durísima madrugada,
aquella madrugada de la que el gallo se ausentó.

Porque el espanto alzó su cuello duro
con nudos corredizos, desgarrados,
en madrugada española.
Los huesos se trituraban uno a otro
y sembraban caminos con su fósforo
en madrugada española.
Se uncían al yugo las promesas
para reventar las promesas
para reventar de desilusión
en madrugada española.
En las puertas, parejas con pistolas
para echar el romance boca abajo
en madrugada española.
La bacanal de sangre comenzaba
al terminar la gracia con su tiro
en madrugada española.
Las piedras se mordían los nudillos
y el silencio sus labios reventados
en madrugada española.
Nadie vió a la muerte yerma apoyando
sus codos azulados de navaja
en madrugada española,
sobre el inmenso campo de aquel pecho
por donde Andalucía nos cantaba
en madrugada española.
Se detuvo el reloj epiléptico
en una madrugada española.
¡Oh, qué informe, qué inconmensurable madrugada!
¡Era madrugada infinita en España,
una madrugada espesa, agobiante, sin alternativas!

LA VIDA DERRAMADA

¡Yo no quise verla! Pero en el ala
de mi corazón furtivo me pesaba...
¡Que la luna nunca salga
porque está demás ahora
que Federico se calla!
¡Yo no quise verla! Pero me dolía
en las sienes como un río sin agua.
¡El campo se corta el vientre
con una vieja navaja
y un grito de madre loca
hinchado, como montañas!
¡Ayer no quise verla!
Emparedado en mis ramas,
le dí mi pena al jazmín
y mi llanto a la retama!
¡Y no quise verla!
Toro de fuego en la sangre,
se echó la muerte a la plaza,
y en sus cuernos falangistas
quedó tu muerte clavada.
Por las veredas calientes
del duro vientre de España,
corrieron mil ventoleras
de fusiles y guadañas.
¡Qué bramidos tan azules
en las venas reventaban!
¡No. Su muerte, no!
¡Yo no quise verla,
porque estaba en mi sangre, cuajada!

Por un sendero, hecho nardos,
va Federico hacia el alba,
sintiendo una noche verde
que queda loca, a su espalda.
¡Ya sabe que no hay más sangre
en sus carnes devoradas,
por donde el mundo sucumbe
con cargamentos de albahaca!
Tuvo en la luna su pulso,
y en la oliva su mirada;
en los limones, la voz,
y en los jacintos, el alma.
Tuvo el redondo sentido
del arcángel cuando abarca
las acequias con los dedos
y el corazón con las alas.
¡Todo quedó allí, en un tumulto
de sangre, rota, asustada,
con gesto desnudo y tibio
de amor que ante el beso salta!
¡No me digáis que la vea!
¡Que yo no quiero mirarla
en su extático sonido
de delirante campana!
¡Un día me huele a mirto
el aire de sus palabras!
¡Y otra noche, el pensamiento
me sabe a risa truncada!
¿Se le cerraron los ojos?
¡Sus ojos miran a España!
¡Amor de madres tremendas
gime por la madrugada!
Quien la cabeza levante
para ver qué es lo que pasa

detrás de esa noche oscura,
que abjure del llanto
y vaya a secar sus lagrimales
al filo de las espadas.
¡Que mire sólo por dentro
las cadenas que se atan
al rubor de los claveles
y al estertor de las dalias!
¡Que muerdan ya los barrotes
tintos de sangre olvidada!
Sus ojos están abiertos
en corolas, con fragancia
de libertades que brotan
ceñidas por alambradas!
En los puntos cardinales,
la voz fascista apuntaba
el paso limpio del hombre
que busca al campo y lo palpa.
¡No me digáis que la mire,
pues no dejo de mirarla!

Aires de Roma andaluza
con tez de Roma pagana,
coronaron su cabeza
con ramillas y hojarascas.
¡Y el señor de los olivos,
gitano puro del agua,
deja sus ríos que corran
sin paisajes ni miradas.
¡Qué corazón tan completo
bajo la luna angustiada!
¡Qué pregonero de aromas
en sus ramos de palabras!
¡Qué dorado en los estaños!
¡Y qué rico en la hojalata!
¡Qué forjador de alegrías
en las hojas y en las ramas!
¡Mimbre enjuto, de luceros!
¡Arquitecto de la escarcha!

Pero ya duerme hecho barro.
Ya los murmullos de estancias
prohibidas a los grazmidos,
se oyen con pulso del agua
y queda en sus huesos pulcros
su antiquísima elegancia.
Y su sangre, ruiñeñor
de bosquecillos de malvas,
está saltando y riendo
por las marismas lejanas.
No escatima luz su nardo
de coloración preclara
e infunde amor y tesoros
sonoros para las algas.
Y su pecho dormido se confunde
en el cenit alado que descansa
con el pie en la mano del dios herido
por esas cinco flechas desalmadas.
¡Está en luz el pletórico andaluz
bello jinete de ilustre mirada,
porque espera en la oliva el gran milagro
y anhela en el tomillo hallar su casa.
¡Un turbio charco de agonías quiso
sobre el corazón de España,
quien buscó su muerte para encontrarlo
en la resurrección de la retama!

¡Nadie me pida que mire
su muerte, que está empotrada
en este corazón de pesadumbres
donde la sangre se estanca!
¡Oh, duro muro de muerte!
¡Oh, pena oculta de España!
¡Ay, sangre de Federico
que lleva la tierra en andas!

No.

Yo he dicho que no.

¡Que no hay corazón que soporte
la muerte de la guzla por la espalda!
¡Que no hay dolor para sufrir la pena
que tiene el puro amor cuando lo matan!
No me digáis que la mire,
porque la tengo en mis ojos grabada.

CUERPO PRESENTE

España es una delirio de hombres que se levantan
en cada laberinto, tatuados de quimeras,
con una mirada turbia, con un tacto oscuro,
con un pie de ambiciones y un paso de arrogancias.

En el agua bendita, añeja, hierve la sangre
de señores que esgrimen sus raras pretensiones,
para cazar supuestos enemigos, armados
de María Santísima, sin sonrojo, ni amor.

Hollada en el nublado de banderas dispuestas
a ser lazarillos de un capitán visionario,
transformaba sus patios en sepulcros sin rosas,
sin jazmines, sin llantos, sin pausas, sin palabras.

Y todos hubiéramos querido hacer la rueda
con eslabones de manos y risas de niños,
para ver a España limpia dentro, y rodeando
nuestra infinita necesidad de ser amores.

Pero la hora del odio sonó en la medianoche
destemplada y voraz de los fétidos cuarteles,
y se abrieron las capillas para ungir la sangre
de quienes esperaban, absortos, su minuto.

¡Ya está entre los guijarros Federico y una vara
de nardos granadinos amortaja su luna,
por el enmudecido cielo de Andalucía!

¡Todas las horas ponen su grito amargo en ascuas!

Lo definió con muerte dignísima de hidalgo
el miedo tradicionalista de los oscuros.
Su boca deshojó el romance definitivo
en sus sempiternas estrofas de sangre abierta.

¿Qué dijeron luego? Un silencio desesperado
hedía con el escremento de las injurias,
y su cuerpo, más presente todavía, izaba
un estandarte de versos gritados al alba.

¡Sudario verde de hierba para el deshojado,
el que lloró la muerte de todas las orugas
en las infinitas direcciones del impulso!
con un sentimiento de guitarra virgen, sola,
¡Ese cuerpo fragante de ríos nos levanta!

Y yo quiero oír también la dura voz del hombre
que detiene el caballo desbocado del alma
con una caricia de laurel o un beso puro
a la libertad sepultada bajo las uñas.

Aquí necesito verlos. Si tienen la piedra
en la mano preparada y se les derrama
la cicuta por los ojos, y por los sentidos
un machete sangriento de aceros destemplados.

Si yo pudiera rehacer aquí todas las hojas,
sus amapolas blancas de rojo compondría,

de un rojo sin rabias, ni rencores, ni tristezas,
propio de los hombres que murieron por amor.

No está ausente de nuestra pena desbaratada,
ni de nuestros ojos sedientos, erguidos, libres,
ni de nuestra mano que pulsa en la vida un ritmo
de campo creciendo a una, en ideales serenos.

No te taparán el rostro de tu ramo joven
con sucios pañuelos de borrón y cuenta nueva,
porque el agua derramada inútilmente puede
exigir su puesto... ¡Y por eso llora Dios!

Y ALMA PRESENTE

Te conocen las tardes de Granada
con su verdes aplausos en las hojas,
sus sombras de cipreses, sus dolores,
porque vives cantando para siempre.

Te conocen las niñas preparadas
para encuentros de amor entre los juncos,
las abiertas navajas te conocen
entre el fragor silvestre de las piedras.

Irán las noches con velos blancos
de la luna, la escarcha y el silencio,
sabiéndote en los rumores dormido,
pero vivo con los nardos para siempre.

Porque vives templando Andalucía
con la sangre viril de tu romance,
y aunque España, con su yugo, limite
el bramido que sueltan tus campanas.

¡Te conocen las luciérnagas que contemplaron
tu muerte de gacela, en el río sorprendida!
Yo canto en mi dolor tu soledad consumada.

¡Y el gesto que hiciste aquella noche oscurísima
ante los esbirros de la envidia y sus pistolas!

Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
un andaluz tan puro, tan rico de sustancias.

Yo prolongaré mi canto antiguo y definido
mientras quede el temblor de España entre los oli-
[vos.

EL RENUEVO

Que lleve mi oración tu sangre ignota
por todos los confines de la hierba.

¡Porque España no escatimó tu sangre
ni podrá alcanzar, sin tu sangre, el fruto!

Tus labios ruegan piedad desde las hojas
del árbol de tu verbo, sobre piedras.

¡Piedad para las manos donde se abren
apacibles caricias cara al pulso!

La vida es más que pan, y el pan que adora
está con el dolor, en verde artesa,
esperando a la puerta de la tarde
el paso singular del hombre puro.

Tus ojos piden lunas, nardos, frondas,
amor y libertad, de puerta en puerta!

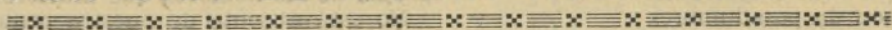
¡Perdón para los gestos que en la calle
toparon con el viento y su discurso!

Y tu voz va, de nuevo, en cada boca,
pronunciando, al imperio de la hiedra,
el río desbrodado de un romance
para el hombre que encuentras con tu pulso.

Ya estás ahí de nuevo, con las frondas,
embajador del mar en la arboleda,
con un ramo de música y bondades
en tu luna que fue el mejor sepulcro.

ABARRATEGUI

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR



La voluntad libertaria

(CONTINUACION Y FIN)

Los «fabricantes» de guerras y de armas van más allá de lo que comentan valerosos periodistas libres al hablarnos sobre bombas **gigantones**, que es decir de una o más toneladas, que pueden colocarse en órbita alrededor del globo terráqueo, suspendidas peligrosamente sobre todos los países, y también armas «radioactivas».

¡Toda la materia puede ser transformada en energía para la destrucción y la «muerte», como podría ser utilizada para la construcción y la vida feliz de nuestra especie! No inventamos ni exageramos nada. Expongamos lo último que todavía no hemos visto analizado por los comentaristas científicos. La prensa norteamericana, el 9 de octubre de 1963, que es decir casi de este mismo segundo de tiempo que vivimos, en breve nota publicada en el interior de sus páginas, como si fuera noticia de poquísima importancia, nos hace saber que por una de las sugerencias científicas que aparecen en revista de «la estrategia nuclear soviética», reproducida por el centro de estudios estratégicos de la Universidad Georgtown, compruébase que los científicos en Rusia van avanzando en el campo de la «anti-materia» que, teóricamente, podría producir una bomba miles de veces más potente que las más terribles bombas nucleares.

Roberto A. Kilmarx, uno de los más destacados asesores científicos de la rama Inteligencia de la Aeronáutica de Norteamérica afirmó, en la precitada fecha, que, «en teoría, la «anti-materia» puede producir energía varias veces mayores que la reacción termonuclear». Y declara que dados los informes publicados por los rusos éstos parecen «avanzar hacia el desarrollo de cargas nucleares, posiblemente de mil megatones, categoría de los **gigantones**». Añade Kilmarx que la dictadura rusa está canalizando recursos enormes para ampliar los estudios e investigaciones en el campo de la «anti-materia».

A Robert A. Kilmarx, asesor científico belicista e inhumano —como sus colegas rusos que trabajan en el mismo sentido **negativo**— no parecen impresionarle lo más mínimo las precitadas noticias científicas publicadas en una revista rusa. En realidad su actitud y sus palabras proyectan lo que no es difícil comprender: que los científicos norteamericanos les adelantaron en el campo de la «anti-materia» mientras los sabios rusos estaban obsesionados por no perder el primer lugar en la carrera espacial.

Esta nueva situación explica por qué Krushev lleva algún tiempo —casi desde que se «anunció»

el descubrimiento del **quanto**— cediendo en la guerra fría, y «parecen» más serenas y tranquilizadoras las relaciones políticas entre el déspota ruso y el Tío Sam. Mucho teme aquél ser adelantado por el segundo hasta en los vuelos espaciales. Y sus temores no son infundados. El servicio de prensa de Washington anunció el 22 de noviembre, momentos antes de ser asesinado John F. Kennedy, que éste, en su primer discurso de los cuatro que había de pronunciar en su gira por Fort Worth, Dallas —donde encontró la muerte— y Austin dijo, entre otras cosas: «Al principio del año próximo Estados Unidos probará un cohete impulsor tan poderoso que colocará a esta nación muy al frente de la Unión Soviética en la carrera espacial. El cohete Saturno —afirmó Kennedy— será el más potente de la historia y quedará grandemente delante de los soviéticos en fuerza impulsora y por la carga útil que puede llevar.»

Las precitadas declaraciones de Kennedy —y otras que no hizo ni hacen los rusos porque horrorizarían al mundo, y lo harían rebelarse, seguramente— explica que el 21 de noviembre de este mismo año de 1963, víspera de la publicación de su primer discurso, diplomáticos de la Comisión Espacial dijeron que los negociadores soviéticos y estadounidenses, trabajando sobre una proposición presentada por los rusos —demostrando la prisa que tienen creyéndose a la zaga en el campo de la «anti-materia»— llegaron a un acuerdo respecto a la declaración del 6 de noviembre.

La Unión Soviética y los Estados Unidos propusieron que las Naciones Unidas declaren solemnemente que el espacio cósmico debe ser utilizado «para el beneficio y en los intereses de toda la humanidad».

Krushev para obtener, aprisa, éste y otros acuerdos internacionales, eliminó un obstáculo que había levantado derrumbándolo, pronta y «voluntariamente», sabiendo que ya «poco importa»: la «cláusula contra satélites espías norteamericanos en el espacio», contra los que tan violentamente «tronó» meses y meses. Estados Unidos, por su parte, accedió a que una cláusula introductora de la declaración diga que una resolución de la Asamblea General de 1947 contra la propaganda de guerra «es aplicable al espacio cósmico» y que, además, en la propia declaración conste que un país «hará consultas internacionales apropiadas antes de seguir adelante en cualquier experimento en el espacio que pueda perjudicar las actividades espaciales de otro país. También accedieron a que la declaración permita que cualquier otro país «solicite consultas» respecto al experimento.

Palabras y más palabras políticas y diplomáticas

que jamás tuvieron algún valor humano y social. ¡Y el mundo, educado políticamente, las cree bien intencionadas! Como si de nada sirviera toda la historia de los tratados diplomáticos entre Estados que nunca fueron respetados, en particular, por los que consideran que cuentan con suficientes fuerzas para dominar y explotar al mundo entero.

Al dictador del pueblo ruso no le importa firmar tratados diplomáticos —que siempre sirvieron y sirven para engañar a los pueblos— que no respetará, cuando le convenga, porque sabe que igual piensa obrar el Tío Sam. Para quemarlos o echarlos al cesto de los papeles a uno y al otro gobernante le bastará cualquier pretexto que no faltan en Europa, en Asia, en Africa y en la misma América con el caso Cuba.

Quisiéramos, sinceramente, que no fuese cierto lo dicho, pero no podemos engañarnos a nosotros mismos y menos engañar a nuestros semejantes de todos los continentes: mienten los voceros políticos norteamericanos y más todavía los voceros de la dictadura rusa con el sátrapa Krushev a la cabeza. Ni a los unos ni a los otros los mueven buenas intenciones. Influidos y dominados, a su vez, por la soberbia autoritaria lo que más importa al Tío Sam, como a Krushev, que gana en ladino al primero —hasta que «el tiro le salga por la culata»— es hallar la posibilidad de lograr, «sin grandes sacrificios», la hegemonía militar, política y económica. Pero como esto hoy ya no es posible, dados los armamentos modernos que poseen los competidores de «espacio vital», todos los pueblos están corriendo el peligro de ser sacrificados.

En realidad las dos grandes potencias atómicas están burlándose de la Humanidad. Ambas hablan de paz y de libertad para todos los pueblos, que van restringiendo las pruebas nucleares, las explosiones atómicas en el espacio, pero van trabajando para la guerra. Vedlos realizar extraordinarios esfuerzos en el campo de la «anti-materia» para obtener potencialidades bélicas mayores, mayores y mayores miles de veces a las conocidas: las máximas potencias de la materia convertida en energía cien por cien para el mutuo aniquilamiento.

Han intentado tranquilizar a la Humanidad suspendiendo ciertas pruebas atómicas. Pero, ¿por qué? Porque resultan ya anticuadas. ¿Están o no engañando a la Humanidad? Ciertamente. Rusia y los EE. UU. compitiendo en la carrera armamentista con las mismas técnicas científicas y tecnológicas, y usando los mismos materiales para fabricar bombas nucleares de cincuenta o de cien megatones, mantenían un relativo equilibrio de fuerzas. Ahora se apresuran a romperlo fabricando nuevos tipos de armas nucleares basados en el aprovechamiento de la «anti-materia».

¿Quién adelantará a quién en mucho en ese nuevo campo científico y tecnológico? No nos extrañaría que cualquier día pese a los tratados diplomáticos el Tío Sam o Krushev —si sus científicos lograran tomar ventaja— «aprovecharan un conflicto en Berlín o el «provocado» en otro país para dirigir un ultimátum de rendición incondicional al dictador ruso anunciándole tener bajo la amenaza de nuevas bombas «gigantones» y de rayos de «an-

ti-materia» todas las poblaciones rusas de importancia como podrían tener amenazado todo el territorio ruso, en pocos segundos de tiempo o de acción destructiva muy inferior a los minutos que emplearía Rusia lanzando cohetes atómicos que, posiblemente, serían «anulados» por la concentrada radiación de la energía lanzada sobre aquella inmovilizando y destruyendo cuantos aparatos encontrara en el espacio.

Por otra parte, el estudio científico de Semenov exponiendo la posibilidad que toda la superficie de la Luna puede transformarse en gigantesca estación de fuerza eléctrica capaz de suministrar a la Tierra trillones de kilovatios de energía eléctrica, y hablar el mismo sabio ruso de transportar la electricidad por medio de «rayos» angostos de cuántum, y de la construcción en masa de estaciones termonucleares solares sobre la superficie terráquea, indica cuán de pleno están dedicados, en el presente, los científicos rusos en los estudios, investigaciones y «aplicaciones» de la «anti-materia».

Comprendemos qué ocurriría si los esclavos de Krushev llegaran antes a la Luna, tomándole también la delantera al Tío Sam en el campo de la «anti-materia»: podría amenazar a todos los continentes con armas nucleares de eficiencia letal y destructiva inigualable. Y cobardemente, el dictador ruso —al que acompañarían sus más cercanos colaboradores— podría hablar desde nuestro satélite exigiéndonos lo fuéramos de él desde un segundo de tiempo dado: someternos, ser sus «satélites» todos los habitantes del planeta Tierra.

Los Estados que quieren bastarse a sí mismos en la defensa militar, y se dedican a iniciar la fabricación de bombas atómicas como las que estallaron sobre el Japón en 1945, están perdiendo hoy miserablemente el tiempo.

Se habla lo menos posible de los tiempos bélicos relacionados con el descubrimiento del **quanto**, o cuerpo que distribuye la radiación de la energía, y de la «anti-materia» en general. Callan lo más que pueden los gobiernos y callando están las publicaciones escritas por el periodismo al servicio del «Becerro de Oro» tan sin ética humana como los políticos de todos los colores. Todos se abstienen de decir la Verdad por temor a contribuir al estallido de la «Rebelión Universal de los Pueblos de todos los Continentes» única que podría evitar la guerra que produciría males irreparables.

El conocimiento exacto de la verdadera situación bélica, cien por cien destructiva que se está formando en Rusia y en los Estados Unidos, de la que somos presa todos los seres humanos, es impacto que ha de despertar y no anular las funciones superiores de todos. Anonadados, paralizados por el pánico quedarían —si quedaban por hallarse en algún lugar privilegiado del planeta Tierra— nuestros semejantes que lograran sobrevivir minutos horas, días o más tiempo a un conflicto atómico. Pero es absolutamente preciso que esa situación explosiva aniquiladora no se produzca. Que ningún ser humano crea que es «fatal» lo que está sucediendo en el mundo autoritario, y con su silencio y su inactividad revolucionaria humanista se haga

cómplice de la Gran Catástrofe Atómica que, con insensatez suicida, realizando esfuerzos dignos de mejor causa, siguen preparando los gobiernos rusos y norteamericano.

¿Acaso fue por retrasar este resultado bárbaro, inhumano, cruel, antibiológico que Max Planck, Heisenberg y demás colaboradores científicos silenciaron qué descubrieron al buscar cómo aplicar o utilizar la Teoría de los Cuanta y la fórmula que explica todas las «leyes» físicas del Cosmos? ¿Después de formular las teorías los aterrizó lo que descubrieron, seguidamente, al pasar al terreno de la práctica y de las «consecuencias inmediatas» pensando que el hombre político, que es decir antisocial, empezaría a usar toda la materia y los nuevos principios físicos para fines bélicos, que es para la acción preferente que lo prepara la sociedad —iba a decir «suciedad»— autoritaria, y ser el principio del fin de la especie humana y de todas las especies biológicas?

¿No es dudoso que Max Planck, padre de la Teoría de los Cuanta, autor del libro «¿Adónde va la ciencia?», bien «sugere» por cierto, con Werner Heisenberg y demás sabios del Instituto con el nombre del primero, de Alemania, que contribuyeron a elaborarla, hayan estado desde 1900 a 1962 —los que viven— sin haber encontrado la partícula de materia que la comprobaba y confirmara? ¿Es lógico pensar que los científicos que elaboraron y elaboran teorías y fórmulas científicas son los últimos en confirmarlas? Lo raro, generalmente hablando, es que las elaboren sin entrever, en seguida, la forma de experimentirlas, comprobarlas y hasta para qué pueden ser útiles.

Cuando Alberto Einstein, por ejemplo, nos habla de la teoría de la relatividad fue el primero y no el último en demostrar científicamente que es una realidad. ¿Es razonable suponer que los sabios alemanes que ayudaron a elaborar la Teoría de los Cuanta, con Max Planck a la cabeza, estuvieron sesenta y dos años cruzados de brazos esperando que físicos y matemáticos franceses, norteamericanos y suizos la confirmaran? Cuesta creerlo.

Los sabios alemanes del Instituto Científico «Max Planck» tienen la palabra. Sólo ellos podrían contestar aquéllos y otros interrogantes. Si por ética humana y amor, por consiguiente, a sus semejantes, decidieron mantener en silencio partes importantes de sus descubrimientos, que pudieron aumentar, hace décadas, la potencia destructiva del mundo autoritario en perjuicio de toda la Humanidad, se lo agradecemos de todo corazón.

De ser cierta la conducta humanista de los sabios aludidos sería el más noble y rebelde de los ejemplos a seguir por los hombres de buena voluntad en todos los ámbitos del orbe y, en particular, por los científicos atómicos; sería, en fin, la respuesta más humana que éstos y todos los sabios del mundo pueden dar a sus congéneres y a los interrogantes dramáticos y angustiosos de nuestro tiempo: negar armas a los autoritarios de todas las clases, a los guerreros, a nuestros semejantes inhumanos.

Sin embargo, el momento tan temido ha llegado: ¡el peligro de desaparición de la especie hu-

mana ha aparecido en el campo de la «anti-materia», que bien pudiera servir para la mayor ventura de todos los componentes de aquélla!

¡Alerta, pueblos del mundo! Hablamos mientras todavía se puede —o nos dejan— hablar. Los libertarios humanistas que luchemos en España, en 1936-39, por evitar los males que engendra el mundo autoritario, damos la voz de alarma a las mujeres y a los hombres de todas las latitudes.

El peligro de guerra es hoy mayor que nunca. Si el espionaje ruso, por ejemplo —o el norteamericano que haría obrar, posiblemente, de igual modo al Tío Sam—, descubriera que los EE. UU. van a tener, de un momento a otro, muy superiores armas atómicas a las suyas usando la «anti-materia», podría pedir, en nombre del «bien de la Humanidad», el inmediato y total desarme nuclear que ahora está regateando pensando que puede ocupar el primer lugar en la carrera armamentista. Y Krushev, no viendo atendida su demanda de desarme, es probable que después de intensa aunque corta —o la amplia y larga que la situación le permitiera— agitación mundial contra el qué diría «pone en peligro la paz», iniciara la guerra, sin previa declaración de la misma, por preefrir el combate antes de verse en completa inferioridad bélica.

Se podrá decir que ésta es una posibilidad remota, pero, por otra parte, si hasta ahora cualquier fallo en los mecanismos y sistemas de defensa —como ya ha ocurrido— norteamericanos o rusos contaban, éstos y aquéllos, con varios minutos de tiempo para comprobarlo, y cesar la falsa alarma sin llegar a ordenar el lanzamiento de cohetes y de bombas atómicas, hoy con los «rayos de anti-materia» no quedan ni segundos de tiempo para comprobar un error, y el nerviosismo y el pánico puede provocar el desencadenamiento de la guerra nuclear.

No quisiéramos hablar como en un desierto, que peor que eso será el planeta Tierra si los seres humanos desiertan o no ingresan en las filas de los militantes del humanismo libertario.

A no confiar más el establecimiento de la Paz a gobiernos ni a líderes serviles servidores de aquéllos o aspirantes a sustituirlos siguiendo sus mismos caminos que desembocan a la guerra. Sólo organizando su defensa, «rápida» y directamente, cada hombre con sus propias manos unidas a las manos fraternales, solidarias y rebeldes de todos los hombres del mundo podemos salvarnos todos.

La Naturaleza nos dio la Vida y la civilización bárbara de la Autoridad nos la quiere arrebatar, prematuramente, sin poderlo evitar, porque ella sólo puede ser vehículo de egoísmos insanos, de destrucción y muerte. La salvación está en nosotros mismos: eliminando el principio de autoridad y sustituyéndolo por el principio de libertad en la organización de las sociedades humanas.

Por encima de la Ciencia —y ni que decir tiene que de la Autoridad, religiosa y política que ninguna razón tiene de existir— está la conservación de la especie humana sin la que aquélla no existiría. Podemos, si queremos, evitar la destrucción total obrando los seres humanos antes que el mal

II conferencia en Casablanca

por Muñoz Congost

(CONTINUACION)

Y en este estudio, que no podrá ser, aunque quisiera, lo suficientemente profundo, pues es tan solo el fruto de mis reflexiones, cuando debiera ser en realidad la resultante de un conjunto de aportaciones de ideas en labor colectiva, vamos a intentar plasmar, en primer lugar, las raíces de los profundos problemas a resolver, las raíces humanas, las sociales, las geográficas, las económicas; para, de esta forma, planteados suficientemente los interrogantes, poder, en el examen de las posibles soluciones, sugeridas o mantenidas por unos y otros, ver la realidad consciente del problema con todas sus facetas y reflexionar sobre las posibilidades e imposibilidades, en los factores revolucionarios y en las fuerzas de regresión de todo orden. Examen que podría permitirnos (de concentrarnos en él) encontrar el camino que respondiendo a las exigencias psicológicas y a las posibilidades económicas, diera a nuestro pueblo las bases, los primeros

sea irreparable: desarmando totalmente a los gobernantes «suicidas» de todos los Estados, acabando con las armas, con el militarismo y las causas de las guerras: con la propiedad privada o del Estado —como el ruso, dueño de vidas y haciendas—, y con la explotación y la dominación del hombre por el hombre.

Venga, ¡pronto!, la **respuesta racional y humanitaria, positiva**, que el Hombre tiene el deber urgente de dar a los problemas individuales y colectivos cotidianos y, en particular, a las situaciones en extremo vitales que vive.

Todas las potencias biológicas y psicológicas de cada ser humano han de ponerse en movimiento. El llamado de sociabilidad y de solidaridad de la especie ha de congregarnos para la defensa de la misma. No hay tiempo que perder. Salvémonos despojándonos de las influencias autoritarias, adquiriendo capacidad humanizadora, individualidad sociable, recia e insobornable personalidad libertaria, sensata, equilibrada y revolucionaria en el amplio y buen sentido de la palabra.

Lo insensato es militar en una cualquiera de las corrientes religiosas y políticas que vigorizan a la Autoridad, al organismo de la guerra. Es deber social, humano y biológico acabar con ésta antes que acabe hasta con sus propios partidarios testimonios, como nosotros, de que, por naturaleza, la Autoridad sólo pudo y puede engendrar guerras entre los hombres y los pueblos. Es su historia milenaria, su presente y su futuro: hasta que el hombre que la inventó, para su mal, acabe con ella.

FLOREAL OCAÑA

pasos en la ruta emancipadora, promesa de mejor mañana para las generaciones venideras.

Y sentemos como premisa fundamental que para nosotros han de entrar en este estudio:

1.º La personalidad específica de los pueblos españoles, su psicología, mostrada y demostrada a través de toda su historia. Sus aspiraciones, fuertemente federalistas.

2.º Las características del suelo español, depauperado a través de muchos años, por una política errónea basada en el principio de que España es un país ganadero.

3.º Las posibilidades de mejora de ese suelo y de racionalización de la explotación a través de una profunda transformación de dichas características para una posible realización hidráulica.

4.º La situación real de una industria en retraso comparada con las de Europa y faltas de medios modernos para poder incorporarse al conjunto europeo.

5.º El conjunto de contingencias de orden interno y externo que pueden operar en favor o en contra de las realizaciones posibles.

Y a la vista de esta conjunción de factores diversos, intentaremos contestar a las preguntas que siguen:

1.º ¿Cuáles son y cómo definir cada una de las soluciones políticas que esperan la sucesión del franquismo?

2.º ¿Qué posibilidades de realización de una economía sana en el seno de una España libre (tenida cuenta de los factores que señalamos anteriormente) pueden ofrecernos estas soluciones políticas?

3.º ¿Cómo y de qué manera se habrá de hacer la consulta de la voluntad popular para que haya las garantías debidas de honestidad política?

4.º ¿Cuál ha de ser la actitud de los libertarios españoles ante esta consulta a la voluntad del pueblo español?

5.º ¿Y cuál nuestra posición ante los resultados de esta consulta?

Ha de pareceros, a los que me escucháis, que hasta ahora he sentado, en lo que va de charla, más interrogantes que soluciones, más preámbulos que precisiones. Quizá sea así, pero hemos de tener en cuenta que siendo el motivo de esta disertación el pretender responder a una pregunta de importancia considerable para no importa quien de los españoles, y que siendo igualmente muchas las fuerzas que entran en línea en la respuesta buscada, hemos de ir poco a poco delimitando las fronteras del proceso analítico que nos hemos propuesto. Y habréis incluso de perdonarme si en mi propósito de objetivizar el tema he de alargarme en algunas consideraciones. El tema es digno de un volumen de cientos y cientos de páginas. Por

mucho que queramos, abreviar, resumir, concretar, debemos dejar en el aire los aspectos fundamentales de la crisis las fuerzas que a ella convergen y entre ellas la nuestra, la de los libertarios.

Vamos, pues, esta vez de verdad y de lleno, al estudio de los puntos señalados.

CARACTERISTICAS Y PSICOLOGIA IBERICA

Tantas veces se ha hablado de este tema aquí, entre nosotros, en este Centro, que sería obvio volver a repetir ahora los argumentos ya citados.

Recordaré únicamente una de ella, la que di hace algunos meses sobre el espíritu federalista anclado en el alma y en la historia de España.

A través del examen de los momentos cruciales de esta historia, pletórica de horas amargas, hemos podido observar que en cada ocasión crítica, han sido pueblos y ciudades quienes salieron con personalidad y vigor incontestables, en defensa de las libertades ciudadanas. Cada vez que la quiebra del Estado, del Poder Central se manifiesta, surge el espíritu municipal del español.

Desde los «albores» de nuestra historia, han sido las ciudades y no un «todo» nacional artificial y forjado por imperativos extraños, quienes han mostrado el carácter irreductible de nuestros pueblos, y sus sentimientos. España ha sido siempre un conjunto de países y no un país, y aún dentro de cada uno de estos países las concesiones a todos y cada una de sus ciudades, las cartas pueblas y los fueros son muestra palpitante.

En su libro las «Nacionalidades», el hombre del federalismo ibérico, Pi y Margall, ha señalado de manera maestra esta característica tan propia de la personalidad de los pueblos de la península, al decir que sólo partiendo de una vasta federación de municipios podrá darse satisfacción a las ansias españolas.

Al español le gusta intervenir en la marcha del país, no a través de pretendidos representantes, sino en intervención directa y permanente. He aquí la explicación que muchos no quieren comprender, de que nuestro país haya sido cuna de una permanente conspiración.

Y si en los años de aquel pretendido «despotismo ilustrado», de la primera fase de los Borbones en España, de la que hablamos en otro ocasión; período admirado por nuestros «hombres políticos de izquierda», y durante los cuales, con el pretexto de modernización del país y mejoramiento de su nivel social, algunas «libertades» fueron concedidas, y las fundamentales suspendidas, al abordarse la crisis provocada por la invasión napoleónica, fueron las ciudades con sus juntas de defensa quienes dieron la prueba de un espíritu federal y municipalista, estaba vivo en la conciencia del país.

Añadamos a ello las características geográficas (de las que también hemos hablado aquí en otra ocasión) para dejar sentado que cualquiera que fuese la solución política que se diese a la sucesión del régimen actual, habrá de tener en cuenta esta personalidad de cada uno de los pueblos peninsulares.

Y no en la forma modesta y de concesión forzada que caracterizó las autonomías catalana y vasca de la Segunda República, sino de manera más amplia. Se deberá partir, de cada municipio, provincia y región a la Federación, de la base a la cúspide y no de manera vertical. La personalidad del conjunto la dan sus componentes. Nunca el conjunto español tuvo la suficiente personalidad para darla en concesiones a los componentes del mismo.

Si leemos incluso a los más decididos partidarios del centralismo político y citamos la obra de J. Ortega y Gasset, «La España Invertebrada», veremos a través de sus líneas en lo que él llama proceso de desintegración nacional, «esta voluntad española de liberar cada una de las partes que componen lo que llamamos España, de la tutela central, del poder que intenta absorber todas las iniciativas de la periferia».

No citaremos ejemplos de las realizaciones federales de otros pueblos, pues siendo nuestro objeto considerar el problema español como algo propio en sus características a ellas nos hemos de limitar, no por considerarlas especialísimas, sino por ibéricas. Si observamos la carta etnográfica de la península, es decir, la carta de las poblaciones, diremos una vez más que pronto salta a la vista esta particularidad de las mismas. Al Noroeste una España atlántica, céltica en Galicia, céltica y germánica en Asturias. A Este y al Sur la España del Mediterráneo, influenciada por las aportaciones fenicias, cartaginesas y romanas y fuertemente marcada en el Sur como en Valencia y Murcia por la época árabe. Castilla del Norte y el Alto Aragón latino-germánicas, la Castilla del Sur y Andalucía, latinas-germánicas y arabo-bereberes.

Ortega y Gasset define las condiciones de vida más propicias al hombre español, para el establecimiento del equilibrio social, definiendo la vida colectiva como una tarea ofrecida y asumida, un hecho continuo orientado hacia el porvenir.

Según él, las energías se reúnen siempre cara al porvenir y toman apoyo en él. Cada vez que un programa de porvenir propuesto a la masa por una minoría activa es lo suficientemente atrayente para justificar las adhesiones para autorizar la esperanza, la sociedad española conoce un momento de equilibrio entre las disciplinas colectivas y la libertad de las inclinaciones individuales, y entonces el programa colectivo justifica el esfuerzo individual, la misión galvanizando las energías, el español se lanza a la lucha.

Además de ello, todo el mundo reconoce que para el español el medio ambiente, el confort o la comodidad no constituyen nunca un objetivo. La grandeza del español, como su miseria, es la de poder exponerse en tensión apasionada hacia un fin noble. Y aun cuando parece que si le falta el punto de apoyo de su programa que se desvanece su fuerte personalidad en una atonía incomprensible. Atonía que no es sino refugio provisional. Siente que cada segundo muere en la substancia de su ser forjando su personalidad y siente necesidad de afirmar su personalidad. Y si no encuentra la ocasión de manifestarla en empresa colectiva, se esfuerza de afirmarla fuera de la sociedad

o contra ella y vive encerrado en sí mismo, no manifestando su descontento sino con el chiste político, con la frase, o por la fanfarronada incluso.

Pero, a pesar de este individualismo, tan solo el español no sabe vivir aislado. Su característica fundamental, dice «Elena de la Souchère», es la convivencia, la vida en común, abierta a otros, vecinos, compañeros de trabajo. El español no sabe vivir sin su tertulia, esta tertulia que es una verdadera institución.

Individualista, pero sociable, el español siente la necesidad de incorporarse a un grupo, pero para jugar en el seno del mismo su papel personal. En sindicatos, clubs o casinos, en agrupaciones deportivas o partidos políticos el individuo toma parte en las discusiones cuando las cuestiones a que se hace referencia las conoce o le atañen personalmente. Incluso si no forma parte de los dirigentes. Porque necesita expansionar su activismo, corolario o consecuencia de su individualismo, de su deseo de afirmar su personalidad. A través de estas colectividades, reducidas o no, el español sabe que actúa y que ejerce una influencia por poca que sea sobre los acontecimientos y los seres.

En cambio, en las relaciones entre el individuo y el Estado, la presión ejercida sobre la personalidad son más fuertes que las satisfacciones dadas al sentimiento individualista.

El acto más importante del ciudadano dentro del Estado es su papel de elector. En ese papel, la función fundamental es la de la renunciación. El individuo delega su poderes en un diputado, se borra ante un representante que no conoce o que conoce poco, para dejarle obrar lejos de la vigilancia del militante o del elector. El español siente entonces que no tiene ningún medio de presión sobre el aparato del Estado, mecanismo, lejano, complejo difícil a concebir y que sólo se le manifiesta a través de órdenes, prohibiciones y obligaciones que se encargan de hacer respetar los agentes de la autoridad.

Y el realismo y el individualismo, trazos severos de la personalidad ibérica, se unen en su espíritu y crean en él la incompreensión de la noción del Estado, que no es para él sino la personalidad de los dirigentes del día. Así es siempre reactio a las obligaciones que saben que emanan de una oligarquía cualquiera. La desconfianza, respecto al Estado, es latente en el español, y dicha desconfianza se extiende hacia todos los grupos cuyo objetivo es la conquista de las palancas del Estado: los partidos políticos. Así siempre los partidos han sido organizaciones minoritarias en tanto que la población se vuelca en masa en organismos de objetivo local corporativo: municipalidades, sindicatos, asociaciones culturales, etc.

Es esta una de las razones por las que la escritora y periodista más arriba citada, nada sospechosa de anarquismo, pues sabemos todos que militó en el P.S.O.E. y que fue durante la guerra civil la secretaria particular del señor Aguirre, presidente del país Vasco, dice al hablar de las repúblicas españolas, y más particularmente de la primera, que las democracias parlamentarias son para España un régimen «made in Europa», sin arraigo y sin

afirmación en la conciencia y en la vida española, y señala muy oportunamente que sólo una forma de convivencia distinta y que tenga su arraigo en estas características del pueblo español, características sindicales y municipalistas (forales), puede dar a nuestro país un período de superación que buena falta nos está haciendo.

Y aun cuando se dice que España fue uno de los primeros países a disponer de un Parlamento, de unas Cortes, no olvidemos que estas Cortes fueron un fruto de los Municipios, orientadas, determinadas, guiadas y mandatadas por éstos, es decir, que en realidad no eran sino un congreso permanente de las municipalidades y no como son hoy los parlamentos del mundo entero, un conjunto de representantes con carta blanca para hacer a su antojo y según las disposiciones de su partido y no de sus electores, durante los años de su mandato.

CARACTERISTICAS DEL SUELO ESPAÑOL

Dice Camilo José Cela en su libro el gallego y su cuadrilla:

«El pueblo español, mis buenos amigos, no come carne porque España no es... un país ganadero; porque carece de pastos... En nuestra patria no hay pastos pura y sencillamente porque no llueve. ¿Y por qué no llueve? Bien sencillo es: No llueve sobre nuestros campos porque carecemos en absoluto de bosques... y no hay bosques en España porque cuando un arbolillo nace, cuando el tierno esqueleto se asoma a la tierra a gozar de la tibia caricia del sol, ¡zás!, viene una cabra y se lo come. Acabemos con las cabras si queremos prosperar y progresar. No hay otra solución.»

Estas frases, que no parecen ser sino una buena broma, reflejan, sin embargo, en sí, el verdadero problema agrícola español, agravado a través de los siglos por las crisis climáticas y por esa idea errónea de querer hacer de España un país ganadero con el consiguiente empobrecimiento del suelo.

Pero como no podemos con estas solas palabras dejar plasmado el problema, voy a permitirme ahora extendernos un poco aun a trueque de volverme pesado, a traeros lo que quisiera una imagen real del alcance del problema agrario español. España no es un país pobre. Pocos países de Europa occidental une a sus posibilidades agrícolas tan amplias y variadas, una riqueza del subsuelo como la de nuestro país.

Tiene 21 millones de hectáreas cultivadas, es decir, el 42 por 100 de su superficie total. Cuenta tenida de la cifra de población española, la superficie cultivada por cabeza de habitante es superior a la de todos los países de Europa occidental (91 a.).

La tierra española es una de las más productivas del mundo. Allá donde no falta el agua, el rendimiento es extremadamente elevado. Sobre la costa Atlántica, donde la excesiva pluviosidad llega a pudrir el trigo, el rendimiento es igual que el de las regiones más privilegiadas (17 quintales por hectáreas). Y ello teniendo en cuenta que en Espa-

na son absolutamente desconocidos los modernos métodos del cultivo que aumentan hoy en todas partes estas cifras. Sobre las tierras irrigadas el rendimiento oscila entre 16 y 10 quintales en la meseta, 20 en el Ebro (Navarra, Aragón y Cataluña), 23 en Sevilla, 25 en la vega valenciana y huerta de Murcia, y de 26 a 30 en la vega granadina.

El rendimiento más débil de las regiones de la meseta (6 a 10 quintales) se explica por la sequía. De hecho, las tierras de regadío producen dos veces más que las de secano.

Los regadíos de trigo que ocupan solamente la vigésima parte de las tierras cultivadas (250.000 hectáreas sobre 5 millones), producen la décima parte de la cosecha.

Hasta en las regiones más ricas de la huerta valenciana, el agua, dada su economía de manera estricta, se reparte y se administra bajo la autoridad de las Aguas. Más litigios hay por el agua que por la propiedad del suelo. En ciertos lugares de Aragón es más cara que el vino. A excepción de la Costa Cantábrica, en el resto de España la prosperidad sólo puede ser una conquista sobre la sequía. La irrigación debiera ser, y no fue nunca, el primero de los objetivos nacionales. La superficie total de las tierras irrigadas en España se elevaban en 1950 a un millón y medio de hectáreas contra 18 millones de secano, y un millón y medio de hectáreas de la zona atlántica lluviosa. Según los planes establecidos en 1933, la superficie irrigada podía elevarse a más de tres millones de hec-

táreas, repartidas entre la zona del Ebro (850.000), la zona de los afluentes norte del Duero (un millón), las regiones del Tajo y Guadiana (300.000), el Júcar (170.000), el Segura (155.000) y Andalucía (450.000).

Pero estos trabajos de irrigación, que exigen un vasto esfuerzo colectivo, sólo pueden realizarse si son reconocidos como de carácter público o nacional.

Pero en lugar de ellos nos encontramos con que los recursos agrícolas han sido malgastados de manera gravísima, la tala de bosques, la puesta en valor de las tierras sin cuidados, y sin otro objetivo que el rendimiento inmediato ha desencadenado el más devastador de los desastres, la erosión. Las aguas de lluvia corriendo sobre las tierras desnudas, arrastran el humus fértil, desnudan la roca, surcan los campos y así nos vemos, por ejemplo, en el litoral Mediterráneo donde los terrenos son accidentados y las lluvias torrenciales, donde el cambio de paisaje es más que evidente en el curso de las últimas décadas.

Pero el problema grave se encuentra en Castilla. El campesino castellano es el más acérrimo enemigo de la naturaleza. El campesino castellano lleva adelante una guerra de exterminación contra el árbol protector de las tierras y contra el pájaro, destructor de los insectos dañinos. Así destruye la tierra y la vida. Y esta labor así comenzada por el hombre, viene a completarla el cordero.

(Continuará.)

CHARLA DE CAFE

Entra uno:

—¿Cómo te va?
—Bien. ¿Y a ti?
—Bien. ¿Y qué hay del Sindicato?
—No sé.
—¿Vistes a Veliz?
—Hace días que no viene.
—¿Y el bolche?
—No sé nada; creo que se mantiene en el cartel.
—Con eso se hace propaganda.
—Y al mismo tiempo le vale el puchero; se gana la vida.

—¿Por qué no se morirá?
—Paradojas de la vida misma. Hay gente que, como el burro, se mueren en cuanto se acostumbra a no comer; pero este...

—Es inapetente.

—Inapetente y seco, como Moreno, que tampoco se muere. Otros consocios tenemos que, como Carlos I —según Cronwell—, prometen seguir viviendo, y lo que es peor todavía, molestando a los amigos.

—De verdad; en nuestro gremio hay de todo.

—Hay unos loros que si no mueren, se desviven si no ingieren un sandwich caliente o frío, chunchules, causeo de patas con ají y cebollas, y tinto, aunque sea del malo.

—Pero también tenemos puritanos, como Zoilo, que goza la vida ordenadamente.

—En cambio, Macho, asegura que para ser longevos, hay que huir de los poetas y no dejar de penetrar a todos los templos levantados en honor a Baco, para rendirle culto bebiendo su sangre y fumar como Carretero.

—Bueno, el viejo no bebe, no fuma, no...

—No seas mala lengua, ya vas a «pelar».

—¿Cómo sabes lo que yo iba a decir? Eres mal pensado: digo que Zoilo no da recetas para ser feliz; se limita a ser vegetariano y a tomar baños de sol desde la ventana de su casa.

—Y a bailar en el cabaret hasta la madrugada, porque dice que no paga.

—Tú hablas de pura envidia.

—Claro. Cuando yo llego a ir tengo que gastar o voy «a la bolsa».

—La cosa es que todos viven.

—Sin que nadie les dé receta: cada uno busca su propio acomodo, para vivir feliz a su manera y sin dolor de callos. Porque recomendar fórmulas, es lo mismo que aconsejarle a Joe Louis que se ponga mis zapatos porque son muy cómodos.

—Claro, la salud y la vida, están supeditados a la naturaleza especial de cada cual.

FELIPE COSMOS

Discurso del hombre libre

(CONTINUACION Y FIN)

Y es así que vengo a deciros que el ser penetrado de esta convicción, vendrá en estímulo de su cultivo. Hará trabajar las fuerzas creadoras del cerebro e irá madurando con deleite su Consciencia.

Así, cuando él tenga juicio nacido de sí mismo sobre las cosas oídas y conocidas, **cuando haya penetrado en el sentido de la palabra, cuando comprenda dentro de su espíritu la certitud, esa certitud de ver claro, que aparece como un foco de luz abierto de pronto en la noche, se habrá elevado: habrá adquirido la Consciencia.**

Empero, os digo que a veces reflejos engañosos nos dan apariencia de Consciencia o nos dan creencia de haberla alcanzado. Entonces estamos en la más lamentable de las inconsciencias y no es otra cosa que cultura parcial, domesticación cerebral, cultura de dogma y por ello raquítica visión. Mas eso no será que carátula risible. Porque la Consciencia no viene, en mi sentir, de conocimiento adquirido de una cosa, sino de conocimiento nacido y penetrado. No va de fuera a dentro sino al revés, de dentro a fuera. Es adquiriendo la facultad de penetrar que la Consciencia nace. Y ella tiene, como todo hecho natural, tres fases: nacimiento, desarrollo y madurez. Pero diferente de lo otro, no es limitada; su madurez continúa, y continúa a medida que el individuo la va poseyendo. Tampoco tiene transmisión propiamente dicha. Ella termina con el individuo, y éste no la traspasa a otro ni la engendra en otra consciencia. El puede hacer, explicar la forma y ofrecer el estímulo. Darse como ejemplo y preparar el camino. Pero es exclusivo del individuo adquirirla o no adquirirla, según el deseo de adquisición que tenga, según el estudio y el esfuerzo intelectual, según la necesidad de posesión. Al cerebro se le ofrece el camino y él lo seguirá, o no lo seguirá. Si lo sigue, la Consciencia vendrá. Sino, no. Y he aquí que yo busco esto. Que los hombres entren en el camino que ofrezco y que lo sigan para alcanzarla.

Porque la Consciencia no se adquiere a causa de la cultura solamente, como la inteligencia nada que ver tiene con la erudición. La cultura puede ser un elemento de base, pero a condición de que sólo como tal sea adquirida. Porque si modela el pensamiento, entonces lo modelará a su forma. Y el individuo no creará: almacenará. El individuo no será formado, sino deformado. Porque siendo la educación parcial, tendenciosa, absorbente, él no resultará otra cosa que agente de ella, representante espúreo, engendro intelectual tarado de sus mismas taras.

Así que, siendo parcial, digo, será guía de un cerebro. Este, entonces ya no piensa por su cuenta, sino por la cuenta de lo que aprendió. Entonces ahí no hay Consciencia.

La Consciencia se desarrolla con la inteligencia. Pero es diferente. Y yo os afirmo, superior. Puede haber inteligencia sin consciencia, pero no habrá consciencia sin inteligencia. La inteligencia nace con el sujeto, pero la consciencia nace en el sujeto. El la forma, él la adquiere, él la crea.

Porque la Consciencia es la cualidad más alta del valor humano; por la Consciencia será que la humanidad sea libre, sea feliz, sea generosa.

Ni la cultura, conocimiento de las cosas, ni la inteligencia, capacidad de desarrollo, consiguieron liberar al hombre del mal y del dolor. Porque al servicio del mal y del dolor estuvieron. Y eso fue así, porque faltó la Consciencia.

He aquí que yo os anuncio el advenimiento de la Consciencia y su reino, credo libertador.

La Consciencia libera al hombre definitivamente. Ella sintetiza lo mejor, y anula lo malo que dentro de él hay. Esto, ni la inteligencia ni la cultura hicieron.

Ella va del individuo a la comunidad. Superándolo, por el mismo hecho la sociedad se supera. En los sentimientos, que es lo que cuenta, lo que debe contar.

Como la inteligencia, la Consciencia es manantial y no estanque. Pero sus aguas son purificadas por el fieltro de la razón, de donde se comprende que es superior.

Cierto, amigos, que adquirir la Consciencia exige grande esfuerzo. Pero os digo que nada grande hay que no exija esfuerzo, voluntad y cariño. Empero, nunca el agua más agradable es que cuando con sed se bebe; nunca con más disfrute se saborea un fruto que cuando producto de nuestro esfuerzo es.

Encontraréis así, los que en la magnificencia de la vida interior entréis, encontraréis, digo, como la comprensión de la vida viene a vosotros, y, con ella, un deleite singular desconocido, único: un goce sereno sin sitio para el sufrimiento.

Porque el sufrimiento viene de la incertitud, de la insuficiencia de comprensión, del sentimiento de desgracia, o de derrota de sí mismo, que caló hondo en el ser.

Con la Consciencia, os digo que la derrota de sí mismo no existe, porque no es posible. Hay un resultado de los hechos; cuando el tal concierne al daño, al mal, o a eso que llaman vencimiento, por ser negativo, de cierto se estrella ante el muro del espíritu, ante el dique moral que la Consciencia levantó. Porque viene de la comprensión. Resulta explicado ya que el sufrimiento se disuelve y el mal que venía, causa inferior, en ningún modo derrota lleva por nombre.

De forma que el mal no resulta daño porque lo disuelve comprendiéndolo. Ve en el fondo de las cosas y penetra en la certitud.

Además, su espíritu se ha elevado de la mezquindad siendo sus actos dirigidos por la dignidad,

resultando su pensamiento puro. Y ahí amigos, no hay sitio para la corrupción ni la bajeza disimulada o no. La sociedad del porvenir será una sociedad de hombres así, la otra vida que con anhelo buscamos.

Entonces, he aquí el hombre espiritual, valor y creador y salvaguardia de una sociedad humana, digna de ser llamada así.

Y, por ahí viene también, el auténtico estado de ser libre.

Porque algunos habrá que crean ser libres porque pueden andar sueltos por la calle o ir a casa del vecino cuando se le antoje, u opinar por el partido de los fariseos o el de los seduceos, o por el del romano o por el del judío.

De cierto que ese es un grande error. Porque el ser no es libre si no lo es interiormente, en su cerebro y en su espíritu, desligado de toda cualquier influencia exterior.

Un individuo es libre cuando siente en su juicio y opinión; que obra conforme a sus conclusiones, no conforme a la de los otros.

Un hombre es libre cuando alcanza la Consciencia.

Empero, no se es libre por no tener opinión, como no se es por tenerla en un sentido parcial, venida por influencias ajenas. En este caso digo, no piensa por él y sí por los que le dieron el pen-

samiento hecho y formado. Y en el otro resulta ciego, inconsciente, sujeto a todas las influencias, sin excluir la suya propia de ideas bajas de provecho y lucro, prisionero del medio en que vive.

Vino en buena hora el Pensamiento nuevo, para terminar con las etapas del mal que la Humanidad se ha dado.

Por él juzgamos que el hombre se dará la Era del Bien, libre de toda obediencia, de todo prejuicio, de todo sometimiento, de todo dolor, de toda miseria, de todo vivir material y moral inseguro o pobre. Pero para hacerlo realidad, entiendo que el hombre ha de constituir en sí mismo la consciencia, causa necesaria. Porque de ella se desprende carácter, que es fuerza de acción; serenidad que es fuerza de equilibrio; dignidad individual que es fuerza de integridad humana, de salud cerebral, de pureza doctrinal, de rectitud moral, penetración, que es fuerza de conocimiento, de juicio claro, de idea libre...

Que lo que se debe buscar, no es tener siempre que volver a empezar.

Porque escrito está: No hagáis ni dejéis hacer las cosas de forma que después tengáis que lamentaros.

FABIAN MORO

Oye, marinero

ESCUCHA lo que te digo,
vigilante de las olas;
cuando veas amapolas
en el mar,
y a la luna por testigo,
sospecha que, por lo ignoto,
el corazón se me ha roto
sin el mar.

Cuando adviertas gaviotas
que pasan de tres en tres,
mira bien que es lo que ves
sobre el mar;
porque vendrán alas rotas
en las manos del momento,
y será mi sentimiento
por el mar!

Si oteas por las entrañas
de los vientos señadores,
y ves que se venden flores
bajo el mar,
y estás cierto y no te engañas,
recuerda que en lo profundo
tengo el secreto del mundo
de ese mar.

Escúchame y no lo olvides,
guardián de constelaciones,
de rumbos y de ilusiones
sobre el mar,
¡Que espero por si decides
lograr el velero mío
donde se desposa el río
con el mar!

Busca un velero, marino,
y ven y dímelo quedo,
que subir allá no puedo,
pues el mar
me está mostrando un camino
por donde nada navega!
¡A ver si el seso me llega
de la mar!

Duro vigía del agua,
soberano de horizontes,
yo te pido que remontes
desde el mar,
lo que yo forjé en tu fragua:
¡mi corazón marinero,
que está triste y no lo quiero
sin su mar!

V. VALDIVIESO

RODOLFO GONZALEZ PACHECO

Anarquista de la Pampa

ERA ya hora de que apareciera un libro sobre Pacheco, el inolvidable autor de «Carteles». Su amigo Alfredo de la Guardia acaba de publicar esta primera obra, destinada al gran público, con el título de **González Pacheco** (Ediciones Culturales Argentina, Buenos Aires, 1963). Sobre el autor leemos en la solapa: «El nombre de Alfredo de la Guardia, referido a la crítica teatral, es de mención siempre obligada e ineludible. A no dudarlo, es actualmente entre nosotros uno de los más profundos conocedores del teatro universal.» Conoce, pues, el teatro gauchesco o pueblerino de Pacheco a fondo, pero, con modestia, en su obra, deja la cuestión del teatro para el final. En seguida nos dice que «la vida, la personalidad, el pensamiento, la obra de Rodolfo González Pacheco pertenecen ya a un período histórico del pueblo argentino».

Pacheco nació en Tandil (provincia de Buenos Aires) el 4 de mayo de 1881, hijo de Agustín González (uruguayo) y de Benicia Pacheco (argentina). Cuando mozo no sirvió para comerciar en la pulpería familiar, como tampoco, para oficiar de escribiente en la municipalidad. Empezó a colaborar con el seudónimo de **Solrac** (Carlos al revés) en el periódico político «Luz y Verdad». Pero pronto dejó la política para los políticos y, con un reducido número de amigos, publicó **Futuro**. Empezó a enamorarse de la Libertad. A través de la palabra y del escrito empezó a ser conocido. En la plaza pública que «pertenece al pueblo... campo de sus protestas; en ella desemboca como a un mar con sus ansias de justicia». Sobre su silueta física comenta el autor: «En su talla algo menor que la mediana, se alzaba con la dignidad de la cabeza, con la energía del ademán, el cabello abundante, rizado y revuelto, el aladar romántico al aire, los ojos claros, brilladores; la nariz resuelta, el bigotillo aún ralo, la boca noble, y la expresión de ese conjunto mezcla de gravedad y fantasía, de rigor y bondad».

Las imprentas daban a luz sus **carteles** «vivos, palpitantes y cálidos». Eran los tiempos en que «la Anarquía y la bohemia andaban del brazo por las calles de Buenos Aires». Época en que se leía por doquier los volúmenes módicos que Samperé editaba en Valencia (España): obras de Bakunin, Kropotkin, Sebastián Faure, Malatesta, Proudhon, Max Stirner, Benjamin R. Tucker, Salviochea, Fanelli, Pietro Gori, Emma Goldman, etc. Pacheco era un bohemio en el vestir, pero: «pues si en su atuendo y su llaneza él adquiría apariencias de hombre dedicado a la tarea manual, en cambio, su cabeza y su mirada revelaban, en seguida, al hombre consagrado a la labor del pensamiento».

La misión que se había propuesto Pacheco era «observarlo, contemplarlo todo, seres y cosas, y difundir el ideal libertario con palabra candente y, en el arrebató final, tremolando el poncho como una bandera, bandera criolla de una total libertad».

Sobre la tierra donde nació su padre observa que «aquí no pasa nada, es el templo de la democracia, pasa el ritual, la palabra sin sangre, la vida en paz». El reformador político Batlle había «inmovilizado al país con él por centro y por límite». Cuando se piensa en las goriladas militares tan frecuentes en América del Sur, esta estampa del Uruguay es aún y por el momento válida en nuestros días. El teatro empieza a interesarle asimismo, pero el teatro de fondo libertario, y dos autores le llaman poderosamente la atención: Florencio Sánchez, el gran autor de «Barranca Abajo» y Alberto Ghirardo (1), el gran dramaturgo de «Alma Gaucha». Sin embargo, se adelantaba la calle a la escena. Eran los tiempos de los periódicos libertarios: «La Antorcha», «La Protesta», «La Batalla», «Campana Nueva», «Libre Palabra», «La Obra», «El Libertario», etc. El primero de carácter anarquista que redactó Pacheco fue «Germinal» que tenía «algo de primitivo, de hacha labrada, de muro escrito» y que llevaba como subtítulo: «¡Viva la Anarquía! ¡Hagamos la Revolución!» No obstante, conviene ratificar que Pacheco era un pacifista anarquista y siempre en el fondo de su corazón desaprobó la violencia individual u organizada. No era un adepto de Sorel en sus «Reflexiones sobre la violencia». Su amigo Alfredo nos lo recuerda: «No, en verdad... la violencia no se relacionaba con la tersa idea que tenía Rodolfo González Pacheco del anarquismo. El era un poeta, un soñador, un idealista». No obstante, también tuvo su época de Tierra del Fuego, siendo internado en la célebre prisión de Ushuaia.

Pacheco estuvo en España cuando la revolución española y se vino de allá cuando ésta empezó a morir, en 1938. Se enamoró de la tierra de Don Quijote, en la que vio una Pampa en pequeño: «Es la Pampa. La misma llanura ondeada, de cuna que mueve el viento; igual silencio, hasta oírse el troceto cimarrón en las sienes... Y el silencio como un yelmo que no se quitan si no es para la sentencia, arrastrada o erguida, a lo Quijote o Sancho, como en nuestro pago a lo Martín Fierro».

(1) También se ha hecho justicia a «Alberto Ghirardo, precursores de nuevos tiempos» (Editorial Claridad, Buenos Aires, 1962), obra asimismo destinada al gran público y debida a la pluma de Adolfo Cordero.

o Viejo Vizcacha». Es indudable que en España, Pacheco se fue en seguida a entrevistarse con la Mancha. Hay otras regiones en el solar ibérico, país de contrastes geográficos, en los que no cabe la comparación pampeana. Pero al igual que en Argentina, cuando se encontraba en las grandes ciudades, su corazón fue siempre el de un gaucho y su tierra la Pampa ilimitada. Sin embargo, cuando Alfredo conoció a Pacheco, éste «ya no andaba a la ventura. El gaucho había dejado de ser un nómada. Pero él seguía viviendo a lo pájaro, más que en la tierra, en el aire, porque aún tan ahincado en aquella, en sus dolores y esclavitudes, siempre se remontaba en éste como en un ensueño de nubes. La edad, la experiencia, el largo y hondo padecimiento, y la aún más dilatada y profunda esperanza, le habían dado el regusto de una reflexión serena, de un tono atemperado, de la palabra pausada y puntual, que, al ritmo de la idea, se encendía y vibraba, de pronto, en un *crescendo* vivo e iluminado».

Decía Stirner que «el hombre en su juventud trata de moldear al mundo con sus manos», para luego acabar cual aseveraba Thoreau «en construirse con todos esos materiales su propia cabaña». Pasa el hombre y sigue el mundo con sus injusticias. El problema para Pacheco radicaba, a esta altura de su vida, en la antorcha de Guyau, cuando los viajeros que éste describe, al desplomarse y fenecer, entregaban la flamígera llama, a los que aún proseguían la marcha. La Anarquía estaba, pues, en el camino, y no en la meta. Alfredo nos dice que Pacheco «entendía, ahora que el camino debía ser muy largo para alcanzar aquella **tierra prometida** de libertad y de igualdad, demasiado elevada, demasiado limpiada en su pensamiento, para que pudiera estar cerca, tal como había creído en su juventud, cuando los himnos resonaban en las calles con el compás del entusiasmo y de la victoria. Pero sabía, también, que lo importante era la lucha —concepto ibseniano— por el ejercicio espiritual que representa, por el afán de ascensión, por el decisivo anhelo que siente el hombre de depurarse. El triunfo o la derrota tienen, únicamente, una significación inmediata y circunstancial. La lucha es de muchas batallas, en muy diversos campos, a muy largo plazo, tal vez eterna».

Vino la hora de partir. «Por alguna frase, por algún guiño, se advertía que tenía listo el equipaje. En la alusión —porque los años se venían de prisa— recordé, alguna tarde en que la luz se desvanecía tras los cristales, el verso de Antonio Machado:

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares,
y atracado en cien riberas.

«Tenía listo, sí, el equipaje; y hasta podía partir sin ninguna impedimenta, libre y desnudo, como los hijos del mar... Aun el cerebro lúcido y activo, fue el corazón el que dijo la última palabra. Era el 6 de julio de 1949. Allí tendido, silencioso y

yerto, estaba todavía aureolado por la claridad y la esperanza del tiempo juvenil».

Después de habernos esbozado su vida, Alfredo nos conduce al capítulo de sus ideas, que «lleaban la altura y la dispersión de una bandada de aves cruzadoras del firmamento, tenían el ímpetu y la libertad de una tropa de potros baguales, al galope en la llanura...» Su afirmación más categórica era la del hombre libre. Lo deseaba «inteligente y seguro... entero y fuerte». Cuando advertía la presencia de estas cualidades, exclamaba: «¡Hombre a la vista!, como el marino ante la aparición de la tierra deseada en el horizonte». Había que tener fe, confianza en la bondad de las ideas. Pacheco escribía: «Para que te alzaras tú —le dice a un muchacho— ha andado la humanidad miles de años de rodillas. Por ti murieron los héroes agonizaron los sabios, deliraron los artistas».

La influencia de Reclus en Pacheco es notable. Para el autor de «El Hombre y la Tierra», en su concepto de la evolución incesante a través de las revoluciones sucesivas, la anarquía era la más alta concepción del orden, hacia el cual se orientaba la gran familia humana. Alfredo lo ve así en Pacheco: «Se aviene a la idea hegeliana del imposible retorno de la historia; cada curva de la corriente, aun la que semeja un retroceso, se desenvuelve en un nuevo avance. Podemos asegurar que las vueltas son aparentes, parecen inmensas para quien camina en una u otra margen del río; pero desde la altura se ve bien que el cauce sigue y desemboca en el mar...» Con esta comprensión de la evolución humana, Pacheco era un optimista, no a lo Pangloss, sino un optimista fruto de la razón y de la alegría de vivir: «Somos hombres entusiastas. El lumionso entusiasmo con que se estrellan las noches, el cotidiano entusiasmo con que reverbera el sol y el perfumado entusiasmo con que florece la tierra, están también en nosotros. Los anarquistas tenemos el entusiasmo de la vida». Pacheco deseaba mantener al anarquismo «en la incontaminación propia de las teorías superiores de la libertad y la fraternidad, al elevado nivel de los valores, esperando el paso humano por el alambique de las centurias». Anarquismo por el cual luchaban figuras de relieve internacional como Kropotkin, Tostoy, Malatesta, Gori, Reclus, Fanelli, Salviochea, la Goldman, la Michel y aun «los más inmediatos y modestos: Loredó, Cao, Antilli, Longo, Eouto, el negro Mari Anderson...» Pero que todos ratificaban la frase de Byron: «La libertad de mi pensamiento no la cambio por ningún trono de la tierra».

Henos ahora en el tercer capítulo, sobre **Los Trabajos**. Aunque se conoce fuera de los medios libertarios, mejor al dramaturgo que al literato, Pacheco, como lo ha demostrado con sus «Carteles» no es inferior al dramaturgo. Pero todos sus escritos están «en todo momento preñados de realidad, por más que se alcen en vuelo lírico. Y habla, al mismo tiempo, a la mente y al corazón». Alfredo compara a Pacheco con Lynch y Gúiral-des, dos prosistas gauchescos que «sintieron la inclinación del campo y, sin embargo, hubieron de vivir en la ciudad». Indudablemente, se adentra en

la compenetración con el protagonista de José Hernández: «con su alma de agua, su saber y su sabor de tierra, su humilde estoicismo, su libertad —la interior— insobornable, su sentido fatalista, su experiencia de cada hora, su conocimiento del rastro y de la estrella, su afán errante, su palabra y su canción, su ternura y su coraje, su fraternidad ilimitada». Tanta realidad y belleza encuentra Alfredo en los trabajos de Pacheco que «pudiera repetirse siempre ante un volumen suyo la frase de Walt Whitman (el que toca este libro toca un hombre); y sabía la sentencia de Guyau (Un libro es un ojo que ni la muerte cierra)».

El análisis del teatro libertario de Pacheco que hace el autor es digno del mejor elogio. En este aspecto, «pagó, asimismo, un largo tributo a su tiempo, y si Bernard Shaw puso en boca de sus personajes tantas de sus argumentaciones fabianas, él no se quedó corto en la propaganda anarquista transmitida por medio de sus figuras escénicas». Estas son sus palabras apreciativas finales: «Es un teatro que surge del pensamiento, raíz misma del drama del hombre. Es un teatro donde se debaten las ideas, donde palpitan los mejores sentimientos, donde se lanzan hacia el futuro los más elevados anhelos humanos. Es un teatro de

crítica social, pero no vertida con rudeza ni con aridez, sino con medida comprensión y sensibilidad sobria, envuelta casi siempre en la parábola, iluminada por la poesía. No hay en él artificio, todo en él es sinceridad insobornable. Está, en sus esencias, proyectado hacia lo porvenir. Su ideal supremo es la libertad humana. Su emoción más profunda es la fraternidad de los hombres. Rodolfo González Pacheco no quiso limitarse a encerrar la vida en cada uno de sus dramas, sino que deseó expresar en todo su teatro el drama de la vida».

El libro se acaba con un apéndice selectivo de su prosa y teatro, como así con una cronología de sus obras dramáticas y de las ediciones de sus obras completas («Teatro Completo», dos volúmenes. Ediciones «La Obra», Buenos Aires, 1953. «Carteles», dos volúmenes. Editorial Americalee, Buenos Aires 1,956). Contiene diversas ilustraciones y el facsimil de una carta que el día 4 de abril de 1949 dirigió Pacheco al autor. Hermosa obra sobre el gran libertario de la Pampa que «desde el comienzo al fin, la vida, la personalidad, el pensamiento y la obra de Pacheco son una proclamación del más alto y puro anhelo de ser libre, surgido en la mente y en el corazón del ser humano».

V. MUÑOZ

Opiniones sobre CENIT

Sr. D. Campio Carpio.

17 de abril de 1964.

Muy distinguido Sr. mío:

Sin tener el gusto de conocerle personalmente, aunque mucho a través de sus siempre muy interesantes colaboraciones en diversas revistas y dándome cuenta por ello de la orientación de su pensamiento, me dirijo a Vd. para significarle mi agradecimiento por su envío —que recibí en la Facultad ha unos días del número 152, correspondiente al mes de agosto de 1963, de la revista CENIT, de Toulouse, donde reproducen mi crítica al libro de Ridruejo «Escrito en España» y aparece una muy inteligente y emotiva «Recordación de Dorado Montero» firmada por Fontaura, además de insertar unas viejas, pero siempre actuales y magníficas páginas de Dorado; todo esto, todo lo

relativo a Dorado, motivado, a lo que parece, por mi libro sobre él.

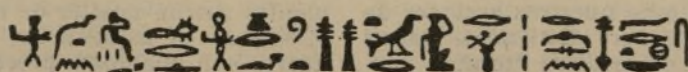
Le agradezco tanto más su gentileza, cuanto que yo no recibo CENIT y nada sabía, por tanto, de estas publicaciones, que como Vd. podrá suponer, me interesan y me agradan muy profundamente.

Como advierto su nombre en el cuerpo de colaboradores fijos de la revista, me figuro estará Vd. en contacto muy estrecho con ella y con la dirección; y le agradeceré, por ende, les haga llegar mi reconocimiento por haber reproducido un trabajo mío y mi satisfacción por encontrarnos hermanados —como en tantas cosas —en la admiración y el recuerdo de Dorado Montero.

Con este motivo, me es sumamente grato, además, ofrecerme incondicionalmente a Vd., amigo y servidor, en la seguridad de que tenemos muchas cosas en común.

Manuel de Rivacoba y Rivacoba

San Martín, 1.911.—Santa Fe, Argentina.



LA VIDA Y LOS LIBROS •

LOS LIBROS DE SIEMPRE

A generosa iniciativa de Mercedes y Lone soy deudor del libro «Surco» con que me obsequia el distinguido Félix Martí Ibáñez. Es un volumen de quinientas páginas, en buena tipografía española que, por su título, dice bien poco. Pareciera producto de poética faena agrícola, trabajo de arado, mitad de la operación para la siembra, faltando no más que destripar los terrones, extirpar las malezas sueltas, arrojar la semilla y pasar la rastra, esperando el milagro de la fructificación. Sin embargo, puesto el volumen en la mesa de operaciones, al correr de su lectura iremos descubriendo un mundo pasado y otro que vamos construyendo, lentamente, con la paciencia de la naturaleza, partiendo de la nada, de ese falso e impreciso término que todavía sobrevive para empequeñecernos.

Este libro de Martí Ibáñez fue impreso por Aguilar, romántico editor si pueden encontrarse hoy, que se dejó arrastrar por el idealismo de servir a la cultura, combinando dos emociones bien dispares como, en otro orden, lo está consiguiendo Martí Ibáñez. De románticos hablemos para entrar en el terreno de las reales ilusiones utópicas. Aguilar, como editor, es un producto de sazonado idealismo, tal como escritor lo fue Panait Istrati. En el período de la conciencia ibérica, Martí Ibáñez desempeñó un papel significativo en el seno de las Juventudes Libertarias. En este volumen renueva el diálogo con el mundo viviente de los seres humanos, en cuyo ámbito nos enfrenta con el milagro de la creación.

Arrastrado por los entusiasmos juveniles, este médico español ha interpretado la necesidad de orientar a los profesionales de la medicina, no totalmente al tecnicismo frío y desvinculado de las emociones. El mundo de la medicina no debe ser un sacrificio permanente para el estudioso, para el científico, cirujano o clínico. Si la ciencia médica entra en el campo enciclopédico, fuerza es que se auxilie al profesional, liberándolo de la carga que importa tamaña responsabilidad de curar el cuerpo físico. Martí Ibáñez ha querido que el médico se identifique con el arte pictórico y literario en especial y la poesía, conciliando «arte y medicina, humanismo y tecnicismo, ciencia y conciencia, la visión realista del mundo médico con la visión romántica del poeta».

Para recalcar en este puerto, Martí Ibáñez ha realizado un viaje a través del mundo humano, del submundo del dolor físico y del inframundo histórico, integrado por «médicos, albañiles, pintores, campesinos, dependientes, banqueros, chóferes y bailarines», cuya ocupación diaria es sumamente similar igual que el «resto de nuestras acciones de comer, amar, dormir y soñar. Extiéndese Martí Ibáñez en la enunciación de médicos literatos, poetas y lectores perdidos en la geografía terrestre

del humanismo que llena las páginas de la constelación intelectual. Y desde Esculapio a nosotros va enumerando situaciones, circunstancias, momentos del indecible dolor que embarga al hombre en su afán de saber y del herido y paciente prendido al débil hilo de la vida que el médico-hombre tiene en sus manos. En la enumeración, presenta Martí Ibáñez a figuras físicas y artísticas, donde dos hombres, médico y autor, se identifican con el dolor de sus pacientes y esfuerzan por restituirlos a esa vida animal que, dentro de todo, es todavía digna de preservación.

Entra en el terreno de la conjetura fisológica, dialogando el médico literato con el clínico, con esas figuras universales del saber y del sentir que llenan nuestra historia, evadiéndose de las preocupaciones, o forzándose por liberarse de ellas. Esa turbamulta de elementos humanos que integran el plantel intelectual tiene cada uno un motivo de frustración, pero que el grito de la palabra lo sujeta a la responsabilidad profesional. En todas las naciones civilizadas impera la misma inquietud, desde el antiguo Egipto, pasando por Grecia, el Renacimiento hasta nosotros. Profesiones e industrias, de cualquier extremo del mundo, príncipes y vasallos, creadores anímicos de imperios, todos caen arrodillados implorando la vida que pugna por precipitarlos al osario común. El médico, maestro o bachiller debe aplicar la terapéutica de las posibles circunstancias.

Desde la simple extracción dental por parte de herreros y barberos, hasta las amputaciones que se «hacían con cauterio, bisturí y sierra» cuánto dolor está sepultado en la historia del padecimiento humano. Sin embargo, «en vez de usar instrumentos candentes para hacer amputaciones y evitar las hemorragias, Daza Chacón usó ligaduras, haciendo la cura final con una mezcla de clara de huevo, sangré de dragón, bol arménico y acibar. En las amputaciones de una mano a los ladrones, Daza Chacón estiraba la piel hacia arriba, ligando fuertemente el brazo; dibujaba la línea para el hachazo, cubría luego el tajo con la piel retraída y por él manualmente estirada, y cosía el muñón, metiéndolo en seguida en el vientre de una gallina viva para evitar la hemorragia. Las galeras y su drama fueron el reverso del dolor del amberso de gloria de la España de Don Quijote», consigna Martí Ibáñez.

«Surco» es una reseña histórica de la evolución médica, desde los métodos anatómicos hasta la comprensión del mundo biológico que explicó fenómenos para mitigar el dolor universal. Martí Ibáñez hace ese recorrido, no sólo en el ámbito de la medicina española, sino mundial, cuyos elementos fueron iguales de nación a nación. Ansioso el mundo de la medicina y la cirugía por identificarse con cualquier procedimiento que importara un avance en la curación del paciente, se trasla-

daba de un país a otro, cuando alguien se destacaba del standard común. Amberes, Aranjuez, París, Padua han podido ser centros donde se enseñaba a curar. La edad media, con sus guerras, hizo progresar la cirugía y traumatología. La humanidad no pudo desprenderse de ese aporte doloroso, del sufrimiento, prestando gratuitamente su cuerpo para los más lacerantes experimentos. Vista desde este ángulo, la sangre caliente y roja constituye el aporte más valioso de todos los tiempos para el progreso de las civilizaciones.

Martí Ibáñez enumera infinidad de maestros donde el «humanismo y la cultura adornaban la Medicina y le prestaban alas para volar alto por un cielo saturado de libertad. A medida que se acentuaba al progreso de la ciencia, descendía la profesión de los charlatanes, de la magia y la brujería que sirvieron de mortaja a la ignorancia. Con ese tupido velo se cubrieron paraísos de dolor, hasta que nuevas generaciones echaron abajo castillos de rufianes asalariados, matones y espada-chines, pirámides de supercherías, así en el arte de curar como de pensar. La Revolución Francesa todavía está trabajando este capítulo de la historia; a ella le debemos cuanto sentimos y experimentamos de emociones universales que son comunes a nuestra especie.

Este libro de Martí Ibáñez extiéndese sobre el impacto psicológico de la ciencia atómica sobre el arte moderno. Y nos demuestra cómo el hombre del siglo comienza a elevarse sobre el horizonte intelectual por el tremendo valor de las teorías físicas que permiten encadenar el «paso de los astros a las ecuaciones elaboradas por un cerebro humano en la soledad de un laboratorio». El contacto con las ondas de radio, infunde horror al vacío; mas, el progreso no puede detenerse y preciso es rellenar el organismo con tejido conjuntivo. «En la vida moderna, la ciencia adquiere el carácter de viscera suprema». Hoy podemos comprenderlo, como que la «vida ha existido hace mil doscientos millones de años; el hombre ha existido desde hace un millón aproximadamente y ha usado su cerebro para crear progreso desde hace cincuenta mil años. Ha podido escribir sus pensamientos desde hace unos seis mil años y creado civilización desde unos cuatrocientos años. Pero solamente ha usado la Ciencia como factor educativo de su vida desde unos trescientos años. Desde entonces, la misión de la ciencia ha sido hacer un inventario del universo para el ser humano, revelar el sistema de posibilidades disponibles y el modo de utilizarlas para su propio mejoramiento». Acaso ninguna otra ciencia como la física ha influido modo tan profundo en el pensamiento humano», afirma Martí Ibáñez.

Al sentido filosófico de la teoría de la relatividad agrega Martí Ibáñez la psicodinámica del arte moderno. Las interrelaciones del pensamiento científico y artístico, el perfil psichistórico del arte moderno y la dinámica del arte abstracto, preocupan al autor, consignando que la «imagen humana del universo varía según las imágenes sensoriales y mentales que del universo se forma el hombre, gracias a sus lecturas y meditaciones. Durante mi-

les de años el ser humano vivió con un esquema espacial en su mente. Cuando en estos últimos cincuenta años la física atómica destruyó los conceptos de ese universo, desintegrándolo en átomos, alteró su perfecta geometría». La destrucción de la imagen corporal del hombre como consecuencia de la nueva biología y psicología nos enfrentan a un nuevo progreso biológico.

«Hasta comienzos del siglo —agrega Martí Ibáñez— la anatomía era estática, solidificada, rígida, fija, y el ser humano estaba formado como un pequeño microcosmos de piezas tan sólidas y sometidas a leyes, pesos y medidas, como el macrocosmos de piezas tan sólidas y sometidas a leyes, pesos y medidas, como el macrocosmos en derredor suyo lo estaba a las leyes de la física. La nueva histología ultramicroscópica, desintegrando en elementos hasta hoy invisibles al ser humano, y las nuevas concepciones fisiológicas y dinámicas de la antes estática anatomía humana, dieron como resultado que la imagen corporal quedara también destrozada, deshecha, transformada la ordenada concepción de antaño del organismo humano en una confusa imagen de elementos moleculares en perenne agitación y desconcierto.»

El impacto psicológico de la ciencia atómica sobre el arte moderno y su reacción a la nueva ciencia son meditaciones profundas respecto del porvenir ante el temor de que el hombre pierda perennidad frente a sí mismo y al cosmos. En otro orden de ideas, extiéndese sobre el arte de Utrillo, el ermitaño en su jaula de oro; sobre Braque y Picasso en busca de su propio universo; sobre Modigliani, el artista que se «quemó como un cirio que arde y se consume en su llama para dar su luz».

Manteniendo el interés del lector en esas disquisiciones, Martí Ibáñez nos lleva por Florencia en aquel periodo tan pletórico de emociones que encuentra su epicentro en el año mil quinientos. Vamos en procura del maestro insigne que lo fuera Leonardo, por callejuelas, hosterías iluminadas por el genio explosivo que sepulta al medioevo. Pasamos entre los recuerdos de los Borgia, Savonarola, el Verrochio, Ghirlandajo, Masaccio, a la luz de la luna. Martí Ibáñez no se cansa de hablarnos emotivamente, con calor del levante y colorido ibérico, que vamos sorbiendo entre la baraúnda de fuerzas motrices e ideas esquemáticas. Toda aquella omniscencia imaginativa que traspone las compuertas del pasado y corre como torrente fluvial por el alma del médico y del artista cobra aquí majestad en el detalle de la técnica y de las formas que habrían de concretarse en el gigante Miguel Angel.

Entrar por esa puerta del conocimiento histórico e identificarse con el ambiente de colores en profusión y de figuras representativas de la anatomía humana, trasluciendo la perfección de la naturaleza, equivale a dejarse arrastrar por la mística de la palabra, por el valor y tintineo de las viejas monedas de oro y la poesía de aquellas antiguas ciudades libres que en su tragar fenecían frente a un vaso de vino, al hechizo de la brujería y contradiciendo las ideas de Galeno. Por ahí va predi-

cando Martí Ibáñez envuelto en su capa española, apresurado, por aquel mundo de chismorreos y con una idea justa en su cerebro buscando el tiempo que desde entonces habría de correr más veloz que la bala de cañón, que la luz, que el sonido y el gemido.

Martí Ibáñez, pese a su naturalización e identificación con las ideas del siglo XXI no ha podido desprenderse del ancestro castellano ni de las tonalidades y transparencias mediterráneas. Discutiendo los pensamientos de la era espacial y los fenómenos psíquicos provocados por el avance del progreso tecnológico, no ha logrado un beso de la mujer norteamericana, que admira en sus colorines, en su atuendo por agradar, en su cultura envasada y en ese vivir del vacío. No ha resistido las flaquezas de las Amazonas con pantalones ajustados, de busto exuberante, fumando tabaco perfumado y preocupadas por administrarse en hora justa el arsenal barbitúrico que a su disposición ponen los hombres. Nada de extraño, a mi ver, que se rebelde contra el varón, esa bolsa de huesos con figura humana que la prostituye mentalmente y convierte en maniquí. Esa mujer moderna es un producto de la civilización del hombre, castrado por los preconceptos del siglo, bestializado por el materialismo de llegar cuanto antes a un lugar que no encuentra hacer fortuna en un golpe de azar, de contrabando, de asalto, hinchándose como un globo de hidrógeno cuando, por cualquiera de estos procedimientos comerciales adulterados, alcanza lo que denomina victoria. Ese hombre es el que adula, lastima y despedaza a la mujer, vistiéndola con los atavíos prostibularios, envenenándola con las drogas de la cultura arrabalera, endiosándola como espantajo. Martí Ibáñez, en este ensayo medicoliterario nos identifica con una de las manifestaciones más desagradables de nuestra decadencia. El narcisismo de la mujer señala el desbordamiento de la civilización. Que el hombre descienda a la caverna en determinados períodos históricos —como se ha comprobado en el caso de los campos de concentración— a palos se le ha enderezado y hasta parece que la lección le queda bien. Pero cuando ese animal obliga a la mujer a descender al fango, es que ya muy poco queda por salvar del desastre.

La contribución a la anatomía de los artistas del renacimiento italiano importa en determinado momento una industria de voluntades que quieren saber. Son tantos, que la medicina observa con ojos del alma, ansiosa como está por adquirir el dominio pleno de la arquitectura humana. Es admirable esa faena, en que tantos rivalizaron, para lograr la belleza anatómica a través del dibujo. Hoy todo eso nos parece muy simple. El médico conoce uno a uno los músculos y tendones y sabe cómo alimentarlos. Camina por las circunvoluciones del cerebro con el conocimiento de las calles de su ciudad y rara vez se pierde. El drama de la vida en aquel entonces era distinto. Los investigadores constituyeron contingentes, pero lograron en cuatrocientos años, ilustrar, con luces transparentes, el sueño que mitigaría el dolor. Porque de

aquel conocimiento se encontraron grandes soluciones al problema eterno.

Urdimbre y creación de un ensueño fueron símbolo de MD, revista que Martí Ibáñez edita en Nueva York. Los motivos radicaban en conciliar la medicina con la sociedad y la humanidad, a través de una publicación regular de cultura médica y medicina cultural. La iniciativa provenía de lejos, de los tiempos de estudiante valeniano, encontrado entre las «todopoderosas herramientas milenarias de la comunicación humana: la palabra y la imagen». Partiendo del tema vida, ambiente, situación, trabajo e ideas, la revista mencionada logró domar tigres, leones y jaguares, imponiéndose por la magia de las palabras que representan el saber.

«Surco» es un manantial de conocimientos encontrados que van formando un río y sobre cuyo relato navega este iberonauta, ya internándose en la selva de la ficción, ya retornando a la realidad donde el dolor se hizo carne y grita. Autores y libros aparecen frente a su monumento y tribunal, con algo de historia y tanta bondad, términos que nos recuerdan las tremendas inquietudes que asaltaron a los abuelos de la medicina como Esculapio, Hipócrates, Galeno, Vesalio, Paracelso, Harvey, Servet y tantos que siguieron aquella religión. Los recursos del médico hoy son distintos y múltiples. Un estudiante de primer año sabe más de medicina que aquellos en su vida. El mundo es más ancho y el campo del conocimiento infinito. La anatomía, la biología, la endocrinología y la medicina han evolucionado hasta más allá de las constelaciones visibles al ojo humano, porque ya estamos preocupados en no cometer el error de infectar el vacío con gérmenes terrestres. Pero hay, no obstante, la palabra del hombre, el aliento humano, la confianza que inspira, procedimientos anticuados que perviven desde la antigüedad en viaje al futuro.

Martí Ibáñez detiénese en la gran olvidada biografía de una idea y discurre a su modo por los caminos espinosos desde las religiones indúes hasta los médicos alejandrinos. La morfología y la endocrinología clínica lo llevan a la experimentación de laboratorio donde se pierde entre glándulas y su metabolismo. Hormonas y fibras nerviosas alternan con el milagro terapéutico de la cortisona y la gama de antibióticos que dominan la medicina contemporánea. «Yo no soy de los pesimistas que dicen que hoy en medicina se habla y se escribe demasiado. Al contrario, creo que se debe hablar y escribir aún más, pero que se debe intentar hacerlo cada vez mejor, sólo cuando se tiene algo que decir y cuando ese algo puede estimular, informar, descubrir o confirmar alguna cosa que sirva a los demás».

La corta vida del documento médico, agrega Martí Ibáñez, hace meditar. Una obra de arte es inmortal. «Los mármoles de Fidias, los lienzos del Greco, el Taj Majal, los granitos de El Escorial y las copas labradas de Benvenuto Cellini continuarán llenando de luz el alma de los hombres», pero un documento médico «tiene una vida muy corta». Exceptuando los textos galénicos, la sagrada tri-

logía que presidió durante quince siglos el saber médico mundial y algunas obras de positivo valor que iluminaron el siglo pasado, «aparte de su valor histórico, todos ellos son documentos que no han resistido el paso del tiempo y el avance del progreso médico».

Es preciso mejorar el arte de la comunicación mediante símbolos y metáforas, «para lograr un denominador común en la medicina que facilite su progreso al hacer que nos entendamos mejor los médicos e investigadores de todo el mundo. La mayor invención humana ha sido la de los **símbolos**, sonidos o signos escritos que representan cosas o ideas. Desde que nace, el hombre se ve enfrentado con situaciones nuevas y problemas diferentes. Para resolverlos y hacer la necesaria decisión, el hombre usa esos símbolos como medio de evocar los problemas pasados, representar los presentes y anticipar los futuros. Pero los símbolos no son siempre exactos ni ciertos. Cada ser humano tiene una visión interior del mundo externo. La misión

de la ciencia debe ser restaurar el verdadero valor y sentido de los símbolos teniendo en cuenta que la «metáfora ha sido el ala de la ciencia».

El médico viajero, en butaca como Julio Verne Marco Polo en busca de Kublai Khan, levanta el arado, interrumpiendo el surco abierto por Martí Ibáñez. El «cuerpo que está ahora en Nueva York y menos de veinte horas más tarde en París, Brasil, Hawai, El Cairo, Nairobi o Groenlandia, llega a su destino mucho antes que su mente, que tarda días en adaptarse a la nueva situación, lo que suscita nuevos problemas psicomáticos. Pero hoy día no sólo viaja el hombre sino también las epidemias, pero también la verdad sigue los caminos «de la ciencia, la belleza o la mística». Ciertamente que el «poder se alcanza por las sendas del dinero, de la política y de la guerra». Pero con un espíritu singular como Félix Martí Ibáñez, aun a través de los desiertos, siempre resulta grato acompañar a viajeros que se encaminan al futuro.

CAMPIO CARPIO

El águila y el caracol

Vio en la eminente roca donde anida
el águila real, que se le llega
un torpe caracol de la honda vega,
y exclama, sorprendida:
«¿Cómo con ese andar tan perezoso
tan arriba subistes a visitarme?»
«Subí, señora —contestá el baboso—,
a fuerza de arrastrarme.»

Juan Eugenio Hartzenbusch



Palabras de Manuel G. Prada

Selección compuesta por Cosme Paules

ABOGADOS

NADIE vive tan expuesto a la deformación profesional como el abogado. ¿Qué corazón no se tuerce con el hábito de cifrar la justicia en el fallo aleatorio de un juez? ¿Qué privilegiado cerebro no malea con algunos años de triquiñuelas y trapisondas? ¿Qué verbo, qué lenguaje, no se pervierte con el uso de la jergonza judicial? ¿Qué buen gusto no se corrompe con el manejo diario de códigos, reglamentos y expedientes?

ROMA

Roma no infunde tanta aversión por sus conquistas inhumanas como por su Derecho Romano y sus leguleyos. Los abogados eran quizá más temibles que los procónsules y los pretorianos. Jovenal no les prodiga muchos elogios, Tácito les iguala con los vendedores de las plazas de abastos, y el cónsul Cayo Silio afirma en pleno Senado que ellos ganan dinero con las iniquidades y las injusticias como los médicos negocian con las enfermedades. (Escrito en 1903.)

CODIGO PENAL

Que nos transfundan la sangre de un matoide impulsivo, dándonos al mismo tiempo los dollars de un Carnegie o de un Rochefeller, y nos obligamos a infringir impunemente los mil o dos mil artículos del Código Penal. No hay iniquidad irrealizable ni resto ineludible, cuando se tiene dinero, influencias o poder; y los desgraciados que se animizan en una cárcel o se consumen en la penitenciaría, no hallaron protector ni protectora o carecieron de razones tangibles.

JUECES

Dicen que el Aerópago de Atenas no pronunció una sola sentencia injusta. Valdría la pena escuchar la opinión de los atenienses que no ganaron sus pleitos.

Si nada vive tan sujeto a la deformación profesional como el abogado, ya se concibe lo que puede ser un administrador de Justicia, a los quince o veinte años de ejercicio.

Jueces hay justos: no todas las serpientes ni todos los hongos encierran ponzoña mortal.

LA HIPOCRESIA

Tal vez ganaríamos en regresar a la caverna y al bosque, si lo realizáramos sin hipocresía ni términos medios; porque vale más el estado salvaje donde el individuo se hace justicia por su mano, que una civilización engañosa donde los unos oprimen a los otros, dando a las mayores iniquidades un viso de legalidad.

LEYES

Las leyes, por muy claras y sencillas que nos parezcan, entrañan oscuridades y complicaciones suficientes para servir al hombre honrado y bribón, quien sabe más al bribón que al honrado.

AYER Y HOY

Antes de operarse la división del trabajo social, cada hombre reunía en su persona la triple función de litigante, magistrado y ejecutor de la sentencia. Hoy, que las labores se hallan perfectamente definidas y separadas, el juez aplica la ley, el carcelero guarda al culpable, el verdugo ejecuta la sentencia.

EL PICO DE TEIDE

Alguien afirmó que las Islas Canarias eran restos de la Atlántida, y el pico de Teide el fragmento de una cordillera. Si la sociedad peruana se hundiera mañana en un mar de sangre, escaparía la Magistratura: es nuestro Pico de Teide. (Escrito en 1902.)

HONORABLES

Hay hombres que, habiendo ejercido por treinta o cuarenta años las funciones de representantes, legan a sus hijos o nietos la senaduría o la diputación. No han encontrado la manera de llevarse las curules al otro mundo. Haciendo el solo papel de amenes o turiferarios del Gobierno, los honorables resultan carísimos, tanto por los emolumentos de ley y las propinas externas, como por los favores y canonjías que merodean para sus ahijados, sus electores y parientes.

REGIMEN REPRESENTATIVO

¿Cuánto bueno podría hacerse con el dinero malgastado en fomentar la logorrea parlamentaria! La protección al ganado lanar y al vacuno daría más beneficios que el mantenimiento del régimen representativo.

¿De qué nos sirven los Congresos? Sirven de prueba irrefutable para manifestar la incurable tontería de la muchedumbre, al dejarse dominar por una fracción de gentes maleables.

CLASES

Toda clase donde predomina el fanatismo no merece llamarse alta o superior sino baja o inferior... Un negro y un indio pobres más instruidos y desfanatizados, pertenecen a clase más elevada que un blanco noble o rico, más ignorante y supersticioso.

SER HOMBRE

El ser hombre no depende de llevar figura humana como de abrigar sentimiento más depurados que los instintos de un animal inferior.

LA AUTORIDAD

Los justos y los buenos se vuelven inicuos y malos desde el momento que disponen de autoridad.

FALTA DE HUMANISMO

Si algunos hombres han introducido en su cerebro unas cuantas vislumbres de ciencia medio teológica y medio positiva, casi ninguno ha logrado humanizar su corazón al punto de hacerle sentir su **propia carne en toda carne que se desgarrar y padece**. Muchos olvidan que el insensible al dolor y la muerte de su prójimo debe llamarse bárbaro, aunque atesore la filosofía de un Platón y la ciencia de un Aristóteles. Veinticuatro siglos hace que en la Grecia pagana un filósofo escribió: **La vida perfecta es la bondad.**

TRANQUILIDAD

La tranquilidad de las poblaciones se mide por la lejanía de las autoridades o corregidores modernos, que el bienestar de las indiadas se calcula por la menor influencia de los hacendados o señores feudales, que, en resumen, las llamadas clases dirigentes dirigen hacia el mal.

OLVIDO

El delincuente no sufre la pena debida ni se atrae la execración de la muchedumbre: todo prescribe a los pocos años, todo se olvida a los pocos meses. Después de un eclipse fugaz, las Mesalinas más **averiadas** vuelven a la circulación, adornadas con todas las seducciones de la virginidad política... Del hombre público enriquecido en una o dos semanas, merced a las dádivas de un gordo traficante, se dice: **¡Buena cabeza para los negocios!** Del político sanguinario como Nerón y cobarde como una liebre se repite: **¡Carácter muy enérgico!** A los limpios de sangre y cohecho, a los abominadores de Tigres y aves de rapiña, se les llama teóricos, utopistas o locos: son los únicos merecedores de vilipendio.

TORTURAS

¿Qué no se hace con los infelices para obligarles a confesar un delito real o atribuirse uno imaginario? Se les aglomera en habitaciones sin aire ni luz, húmedas y pestilentes; a media noche se les arranca del sueño para lanzarles cubos de agua fría; desnudos, se les encordela en el lomo de una bestia con el fin de pasearles bajo los rayos de un sol canicular; se les remacha grillos, se les pone en cepo volador, se les atenacea las puntas de los dedos, se les da tortor en el cráneo, se les cuelga de los pulgares o de los testículos... (Escrito en 1904.)

SANGRE FRIA

Se comprende, hasta se mira sin horror el crimen pasional, cometido cuando saltan los nervios y hierve la sangre; mas se necesita ser contemporáneo del mastodonte para concebir la ferocidad serena y sistemática. Pierden el derecho de figurar en la especie humana los que ordenan fusila-

mientos o flagelaciones, y acto continuo bailan chilenas o se atiborran de cañazo y guisantes criollos. Son curas de Bambamarca sin la disculpa del fanatismo, son los peores criminales, los de sangre fría.

CULINARIA

Los diarios no necesitan afanarse mucho para inquirir noticias gastronómicas y llevar tanto la **haja** de los vecinos que se ponen mantel largo como el **alza** de los que se limitan al puchero cotidiano: los anfitriones mismos se cuidan de llevar el dato al periódico, muy ufanos de reunir seis comensales y muy convencidos de ejercer una de las más altas funciones sociales al comerse un pavo y destapar una botella de champagne. Merced a la divulgación de los ágapes caseros, ya estamos en condiciones de no ignorar cuando echa sus primeros dientes el hijo de un subprefecto y cuando cumple los setenticinco la suegra de un ministro.

Los banquetes a los verdaderos y a los falsos personajes se repiten con una frecuencia que raya en lo maravilloso, en lo inverosímil.

Es un escarnio sangriento a los millares de infelices que tienen por único alimento un puñado de cancha y unas hojas secas. Vemos la prosperidad de una oligarquía, el bienestar de un compadrazgo; no miramos la prosperidad ni el bienestar de un pueblo.

LUJO

Esas quintas, esos chalets, esos palacetes, esos coches, esos trajes de seda y esos aderezos de brillante, provienen de los **tajos** en la carne del pueblo, representan las sangrias administradas en forma de contribuciones fiscales y gabelas de todo género. Merced a las sociedades anónimas, todo ha sido monopolizado y es disfrutado por un diminuto círculo de traficantes y absorbentes.

CARNIVOROS

Sin llegar al extremo del filósofo que se **avergonzaba de tener un cuerpo**, deberíamos desear el advenimiento de una era en que el hombre dejara de ser el goloso comedor de carne, el animal feroz y sanguinario que parece resumir al felino y al ave de rapiña. Si el vegetarianismo pule y amasa nuestra condición áspera y bravía, ¿qué maravillosos cambios no produciría en la Humanidad la alimentación soñada o anunciada por Berthelot? Acaso, el mundo vería nacer la raza de los verdaderos superhombres. «Dime tú lo que comes, yo te diré quién eres», afirmaba el autor de la Fisiología del Gusto.

LOS SATISFECHOS

Abundan hombres que teniendo una copa de vino y un churrasco, viven dichosos sin importarles nada que un bárbaro de charreteras nos desplume y nos abalee ni que otro bárbaro de tiros cortos nos desnude y nos ahoguen en una pila de agua bendita.

LA OPOSICION POLITICA

Demos a los más feroces opositores una cuchara que meter en la olla del presupuesto, y ya veremos si encuentran sabroso el guiso que segundos antes juzgaban desabrido y malo. Puros Ventrales.

INMIGRANTES

Gracias a la protección de gobiernos y a la indolencia o complicidad de gobernados, sigue la invasión negra. Casi ningún vapor arriba del sur o del norte sin aportar al Callao una remesa de clérigos, frailes y monjas. Con las persecuciones religiosas en el país más lejano del nuestro, recrudece la invasión: cuando los demás sacuden el plumero, a nosotros nos llueven las moscas. **Padres y hermanas** acuden al Perú, como zánganos a su colmena, salvo que afluyan como vendimiadores a su viña. (Escrito en 1903.)

EXUBERANCIA

Donde se proyecta una calle, surge ya un plantel de Jesuitas; donde se traza una avenida, blanquea ya un edificio de Salesianos.

SUBVENCIONES

Basta que una asociación dependa de monjas o sacerdotes para merecer subvenciones de las Cámaras, de los ministerios y de las municipalidades.

APOSTASIA

Masones y liberales contribuyen a fundar obispos, decretan subvenciones a las comunidades religiosas, desempeñan sindicaturas de monasterios, apadrinan inauguraciones de altares y, lo peor de todo, educan a sus hijos en los Sagrados

Corazones... Muchos incrédulos y racionalistas proclaman que en el seno de la familia debe seguirse esta máxima: Al tratarse de religión, dejar hacer.

AMAZONAS DEL FANATISMO

Amazonas del fanatismo, si no cogen una lanza ni montan un caballo, las mujeres rebuscan dinero, ejercen influencias, calumnian al hereje y viven listas para cargar los tizones de la hoguera.

Asistimos, pues, a una recrudescencia de fanatismo agravada por la incuria, debilidad o cobardía de padres y maridos. Más que a hijas y esposas, debemos inculpar y escarnecer a todos esos maridos sin virilidades en el cerebro: ellas pecan por ignorancia y de buena fe, ellos por maldad y bellaquería.

ALGUNOS MATRIMONIOS

En algunos matrimonios rige un convenio tácito: la mujer, a iglesias y sociedades piadosas; el hombre, al garito, al lupanar o al retrete de su concubina.

PLUMAS

Muchos de esos grandes hombres que pontifican en universidades y congresos o señorean tribunales y ministerios, no llevan plumas en la cabeza porque las guardan en el cerebro.

CIVILIZARSE

Civilizarse es adquirir un alma francesa; pero no el alma de un Gambetta ni de un Casimir Périer, de un Drumont ni de un Dérouléde, sino de un Anatole France o de un Guyau, de un Berthelot o de un Claude Bernard.

COSME PAULES



Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

Es necesario tal vez explicar cómo se era promovido, si así puedo decirlo, futuro predicador. Cada mañana, después de los primeros rezos del día, nos quedábamos en la capilla, como en todos los establecimientos religiosos, para la meditación. El maestro de los novicios nos indicaba, de no me acuerdo qué manual, el tema sobre el que debíamos reflexionar. Luego venía, en los días ordinarios, el gran silencio.

Pero, el domingo, el P. Juan María, pedía que uno de nosotros hiciésemos la meditación en voz alta. El novicio o el postulante escogido al azar se sentía lo más a menudo bien desdichado. Balbuceaba durante diez minutos y luego no sabía qué decir. La cruel regla exigía que se le dejase chapotear o callarse, confundido, el resto de la media hora. Luego, el maestro de los novicios, después de haber exhortado ofrecer su humillación al Señor, criticaba y completaba. Ocurría, bastante raramente, que aquel santo delicioso estaba coloreado de felicidad y, en vez de criticar, felicitaba. Cuando el acontecimiento se producía, el reverendo padre Segismundo venía a presidirnos el domingo siguiente. Era él quien daba al joven bien dotado un tema imprevisto aún para el maestro de los novicios. Si la nueva improvisación le agradaba, decía al joven maravillado: «Usted será predicador».

Después de la doble prueba, yo había recibido felicitaciones que todos afirmaban inauditas: «Hijo mío, había exhortado el R. P. Segismundo, definiéndose usted bien contra el demonio del orgullo. La divina Providencia quiere hacer de usted un gran orador sagrado. Ella os destina a remplazar a nuestro malogrado padre Jorge.»

El padre Jorge, muerto hacía dos años, seguía siendo célebre en toda la Orden, como la misma encarnación de la elocuencia. El buen P. Juan María al hablar de él, lo hacía siempre con lágrimas en los ojos, admirándolo. Conozco una palabra de aquel predicador único. Cada vez que el maestro de los novicios, el R. P. Superior o no importa quien en el establecimiento citaba un hecho reciente, comentaba ser «un hecho de palpitante actualidad, como decía nuestro incomparable padre Jorge». Aquel «palpitante de actualidad» escuchado tan a menudo, me ponía nervioso, lo confieso. Mis compañeros sentían pena por haber llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo y por no haber jamás gozado con la elocuencia del padre Jorge. Yo no compartía sus sufrimientos.

El año escolar se terminó sin que se tuviesen aún bastantes piedras rotas para el hormigón que exigía la inmensa piscina. También pasé las vacacio-

nes con la maza en la mano, sudando mi frente con el agua del manantial, leyendo a Crevier o a Geoffroy.

El primero de octubre, tres o cuatro novicios fueron enviados a clase. No estaba yo entre esos bienaventurados. A pesar del deber religioso en amar y en admirar todo lo que hacen los superiores, fui a contarle al P. Juan María mi gran desolación. El más delicioso de los santos me explicó, entre exhortaciones de estilo, que si la cosa de él dependiera, me enviaría a las clases de Santa Cruz. Pero las decisiones venían del R. P. Segismundo. El mismo P. Juan María había defendido mi causa inútilmente. Cuando había tenido la imprudencia de mencionar mi gran pasión por el estudio, le habían respondido que tal pasión excesiva tenía necesidad, justamente, de ser mortificada. Se había notado con frialdad que seguía siendo postulante desde hacía trece meses, cuando de ordinario se tomaban los hábitos a los cinco o seis meses. A pesar de su demasiada gran indulgencia, el P. Juan María mismo, encontraba aún en mí demasiada independencia de espíritu y demasiada voluntad propia para ser también novicio. Yo, escándalo inexcusable, aquella agregación que me deberían haber negado, yo, ni siquiera, la había pedido. Además, no estando destinado a la enseñanza, no habría de pasar por ningún examen universitario y cuando llegaría la hora del Gran Seminario, con mi facilidad, algunos meses de latín me bastarían.

El P. Juan María concluyó aconsejándome de ir a ver al R. P. Superior, para pedirle la sotana del novicio:

—Os la negará, pero se pondrá contento por vuestro paso.

—Gracias por vuestras buenas intenciones, querido P. Juan María, pero no me gusta coleccionar afrentas.

Lenguaje inaudito en un medio semejante. Afrenta es un vocablo mundano. Aquí había que decir humillación y era necesario buscar humildemente las humillaciones. El maestro de los novicios levantó los brazos al cielo representado por el cielo raso. Y exclamó, con una especie de desesperación:

—Mi pobre Henri, ¿tendrá usted alguna vez el espíritu religioso?

Luego, después de un segundo de indecisión, con el gesto doloroso que arrancaba de su boca las palabras penosamente encontradas:

—¿Se elevará usted siquiera hasta la humildad cristiana?

Me fui, descorazonado, a simular mi rompimiento de piedras y a leer, sin llegar a comprenderla,

la prosa fácil como un bostezo, del historiador Luis Pedro Anquetil.

¡Una alerta! Suda mi frente gracias al manantial. Mi rabia, exagerando las apariencias del celo, hace romper las piedras en fragmentos.

El R. P. Segismundo. Está acompañado. A su derecha, el P. Francisco, profesor de retórica y muy considerado porque el es solo licenciado del establecimiento. A su izquierda, el P. Spiridón, profesor de matemáticas y, si hemos de creer su reputación, admirable ingeniero. Las tres sotas se acercan al enorme montón de piedras rotas, dan a su alrededor varias vueltas, y Spiridón toma medidas. Luego el trío se pasea al azar, mientras que en una libretita el lápiz de Spiridón hace cálculos sin duda sabios.

El R. P. Segismundo se frota las manos.

—Este es un montón muy grande —dice con alegría—, debe de haber más de la mitad de lo que precisamos.

Pero Spiridón sacude una cabeza burlona y continúa alineando y sobreponiendo cifras. Luego decreta desde lo alto de su ciencia:

—Está usted un poco equivocado, reverendo padre Superior. Hay más o menos un tercio. Un poquito más, tal vez. Si eso debe haceros gran placer diré: las dos quintas partes. Pero yo sería de una gran generosidad...

Cuando los tres hombres hubieron desaparecido, me dejé caer sentado. Si no hubiera fingido que no había escuchado nada, me parece que habría olvidado toda la resignación estoica o religiosa y, entre desesperados gritos, dejado surgir tal vez alguna blasfemia.

Escribí a mis padres una carta en donde les explicaba mi desolación y las causas de mi desolación. Les suplicaba que viniera lo más pronto a llevarme con ellos y a salvarme.

Nuestras cartas, la Santa Regla exigía que las entregásemos abiertas al maestro de los novicios. La discreción no siendo una virtud de los superiores católicos, el Padre Juan María «que es un santo» abría las que eran para nosotros y nos las entregaba en un sobre impudicamente rota. Mi epístola desesperada, bien sabía que la vía jerárquica me la detendría en la primera etapa. No solamente no partiría, sino que que valdría, después de un sermón untuoso del maestro de los novicios, un áspero sermón del R. P. Superior.

Las visitas que me hacía Moutet en la sala de espera eran raras, irregulares y sin advertencia previa. Mi pobre carta desolada estuvo varios días en mi bolsillo. Aunque a veces la planchaba entre las páginas de un libro, cuando vino el mensajero, le di para mis padres un papel singularmente arrugado.

Mi padre y mi madre, compadeciéndose de mi pena, me respondieron con dulzura. Me pedían que tuviera un poco de paciencia. Mi padre vendría pronto y, si obtenía del R. P. Segismundo, que parecía quererme, condiciones bastante benígnas para mi pobreza, continuaría mis estudios en Santa Cruz como alumno laico.

La combinación me hubiese llenado de alegría, si no hubiese sabido que era imposible. El P. Juan

María me había entregado sin decir una palabra el papel y el sobre roto. Pero el santo, que yo había visto casi siempre sonriente, tenía, al hacer aquel gesto, un aspecto tan cerrado y erizado como el P. Segismundo cuando estaba enojado. Yo había adivinado demasiado fácilmente la significación de su aspecto severo.

Una hora más tarde, me hacía llamar a su gabinete.

—No he comprendido muy bien —dijo—, la carta del señor vuestro padre y a qué puede ella bien responder.

—Responde a una carta mía que usted no conoce porque usted no la habría dejado partir.

—¡Ah!... ¿Y cómo llega usted a enviar cartas sin que yo lo sepa?

—Es mi secreto.

—¡Vuestro secreto!... Alguien que aspira a la vida religiosa y tiene secretos para sus superiores... Hace treinta años que soy maestro de novicios y nunca he visto un postulante tan malo como usted.

—Desembarácese usted de mí: no deseo otra cosa.

—Vaya al oratorio. Vaya a rezar, hijo mío. Pida a Dios que lo ilumine. Rece hasta que yo os mande llamar de nuevo.

Cuando vino a buscarme, no estaba solo. Segismundo estaba con él, y el reverendo tenía el aspecto, según mi impresión, de una bestia feroz.

El P. Juan María me interrogó primero y en este comienzo de diálogo repitió las cosas dichas antes. Luego el R. P. Segismundo intervino:

—Así —preguntó—, ¿usted aceptaría ser alumno en Santa Cruz?

—Con alegría, si la cosa es posible.

—¿Usted aceptaría esa vergonzosa disminución, usted futuro Padre del Retiro, futuro predicador, de volverse un vulgar laico y un alumno ordinario?...

—Acepto todo si es que se me deja estudiar.

—Sabemos ya desde hace tiempo que usted pone a la ciencia por encima de vuestra salvación. Pero, ¿con qué mirada os verían vuestros antiguos hermanos, novicios y postulantes? ¿Usted consentiría en volverse para ellos la piedra del escándalo y el apóstata que reniega de su vocación?

—Bien veo —dije llorando—, que es mejor que me marche de aquí.

—¿Usted no se remite a la decisión de sus superiores?

Pero yo me retorcí los brazos, gritando:

—Ya no puedo más... Le digo que ya no puedo más... ¿No ve usted pues que ya no puedo más?

—¿Quiere usted hacer el favor de callarse?... Vuestra actitud sería aun deshonrosa también para un secular e iba a decir: para un mismo laico.

Yo me mordí los labios. Hubo un silencio, que me pareció eterno.

En fin el Reverendo, dijo:

—Vuestra partida sería, si no tuviéramos otra alternativa, preferible a la solución que el señor padre de usted, en su ignorancia de la vida religiosa, cree posible. La vergüenza de la cual antes hablaba no caería sobre usted solo, si yo soportase que usted se volviera para nuestros novicios y nuestros postulantes, un ejemplo tan demoníaco.

Yo asumiría una responsabilidad terrible, un peso que no podría aliviar el más largo purgatorio. Pero sería aun bien indigno de la autoridad que Dios me ha dado sobre usted, si me creyese ya reducido a lanzaros hacia los peligros del siglo.

Tuvo una sonrisa que me pareció monstruosa, la sonrisa del vencedor cuando asesina al vencido.

Y me preguntó:

—¿Está usted seguro de que su padre vendrá?

—Sí, puesto que me lo ha escrito.

—Bueno... Pero ocurre que, providencialmente, debo ir yo mañana a Marsella. De paso veré al señor vuestro padre, hablaré con él y no vendrá.

Si hubiese tenido un arma, creo que hubiera asesinado a aquel hombre.

Y concluyó:

—Váyase, pues. Sea siempre el más regular de los postulantes. Y, como usted merece un castigo, el hermano Luis ha sido advertido para que no os entregue ningún libro hasta nueva orden. Si usted sabe ofrecer esta privación a Dios, se podrá esperar aún algo de usted.

Yo salí con un saludo casi correcto. Pero las ideas más locas, más odiosas—odiosas hasta el crimen—, remolineaban en mi pobre cerebro.

Me apacigué afirmándome que mi padre no se dejaría persuadir ni maniobrar. Su conversación con el Segismundo no podría más que demostrarle la urgencia de mi salvación y yo la esperaba para el día siguiente.

La tarde misma de nuestra última conversación, el hermano Luis, obedeciendo aún a órdenes más severas que las que se me habían anunciado, vino a llevarse con él, el volumen de la biblioteca que yo tenía.

Para alimentar mi pobre paciencia titubeante de hambre, interpreté según mi deseo el silencio de Segismundo. Puesto que no me decía nada, es que mi padre vendría pronto a liberarme. De lo contrario, el autoritario reverendo me hubiese pateado con palabras más duras que sus suelas.

Una quincena transcurrió con inquietudes y esperanzas. A veces esperaba a mi padre, como un pájaro recientemente cautivo espera que le abran su jaula. A veces, recordándome de aterradores relatos, me imaginaba horribles subterráneos, malolientes y húmedas celdas en donde se enloquecía, con pesadillas e insomnio, un desgraciado fraile rebelde, en sus lentos años putrefactos. Cuando las leía o las escuchaba recitar, había encontrado absurdas esas trágicas anécdotas; ahora me parecían de más en más verosímiles.

En fin, el R. P. Segismundo me mandó a buscar.

Lo encontré sonriente y como condescendiente.

—El señor vuestro padre ha comprendido—dijo—, que arrancaros a vuestra vocación sería consentir a vuestra eterna perdición. Alégrese porque se queda con nosotros y de no perder, además de vuestra salvación, la envidiable existencia de un gran predicador. Y vea, querido niño, cuánto nosotros lo queremos en los Padres del Retiro. Vuestro caso siendo singular, lo he sometido al Reverendísimo General de la Orden. Su respuesta me ha llegado esta mañana. Es de parecer como también lo soy yo, que es necesario que usted cambie

de aire y que se aleje usted de sus padres. Usted partirá, pues, hacia otro noviciado en el cual os pondréis, en seguida que usted llegue, la sotana y el escapulario del novicio.

Yo ignoraba dónde se encontraba aquel otro noviciado. Tampoco tuve curiosidad por saberlo. Solamente pregunté:

—¿Cuándo parto?

La sonrisa del R. P. se volvió enteramente benevolente. Creía adivinar que yo estaba puerilmente feliz por viajar. O tal vez calculaba que allí no se construirían piscinas al mismo tiempo que en todos los establecimientos de los Hermanos Grises.

—Estamos a sábado—respondió—, y no deseo turbar en vuestra alma la piedad dominical. Hará usted sus maletas el lunes y viajará en el tren del martes por la mañana.

Yo respondí como maquinalmente:

—Haré mis maletas el lunes y viajaré en el tren del martes por la mañana.

También yo sonreía ahora. La sonrisa y el calma valor de las decisiones tomadas.

—Veo que usted está ahora contento, tal vez, demasiado humanamente. Venga, pues, hijo mío, a dar y a recibir el beso de paz.

Al salir de la oficina del Superior, agarré de una clase desierta en aquella hora, la silla del profesor. La escondí en un rincón del patio cerca de las letrinas; luego, armado con un puñado de arena y de grava fina, me puse a vigilar. Mi cara estirada era toda sonrisa y silencio. Conocía las costumbres de mi Segismundo y que por lo tanto no tardaría en llegar. Apareció con una llave en la mano, tomó la dirección que yo sabía y abrió el compartimento que le estaba reservado. Se había encerrado apenas, cuando deslicé la silla sin ruido y, con los oídos atentos, escuché. Pronto, me subí encima de la silla. Por la pequeña abertura recortada en la madera, mi sonora risa burlona llamó la atención a un hombre ya muy ocupado. Encima de su sorpresa lancé arena y grava. Evité a la boca que se abría asombrada y a la cara. A los pliegues de su sotana levantada lancé mis proyectiles sin violencia, con el fin de ensuciar y despreciar, pero no de herir. Me salvé rápidamente, pues, nada es tan temible como los primeros movimientos de la santa colera de los hombres que, corrientemente, violentan demasiado a la naturaleza. Hay que huir de la explosión y darle tiempo al infeliz para que se apacigüe con rezos y vuelva a tomar su equilibrio.

Me escondí durante una hora o dos detrás de unos árboles poco frecuentados, situados en lo alto de San Eutropo. Un canto discreto y contento gargarizaba en mi garganta: «Haré mis maletas el lunes y viajaré en el tren del martes por la mañana... Haré mis maletas el lunes y viajaré en el tren del martes por la mañana».

En fin, sabiendo bien que, salvo en la sorpresa del furor, el Segismundo sólo era brutal en las palabras, quise reunirme con la comunidad en la capilla en donde la arrodillaba ya no me acuerdo que oficio. Tranquilizado por la santidad del lugar y por la santidad de la ocupación, temblaba sin embargo un poco pensando que el reverendo me

esperaba. ¡Qué alivio! Era el solo P. Juan María quien estaba de centinela en la puerta. Cuando me vio, se acercó y me dijo:

—Desgraciado niño, ¿está usted poseído por el diablo?...

Ebrio por lo que había hecho, por lo que temía y por lo que esperaba, respondí sin demasiado saber:

—De dos demonios, P. Juan María, del demonio del estudio y del demonio de la libertad.

El maestro de los novicios me miró con estupor. Rechazó, sin duda, reproches demasiado inútiles y demasiado insuficientes. Se contentó con decir los hechos:

—El reverendo padre Segismundo desea no volveros a ver. No volverá a San Eutropo antes del martes por la tarde. Usted hará sus maletas el lunes y viajará en el tren del martes por la mañana para ir de nuevo con su familia a la cual el reverendo padre Superior escribe en este momento.

—¿Por qué no dejarme marchar mañana? Mis maletas estarían pronto hechas.

Me pareció que el maestro de los novicios tenía un acento casi doloroso para decir:

—¿Tanta prisa tiene usted por dejarnos, hijo mío?... ¿Es qué acaso no he sido yo bien bueno con usted?...

—Muy bueno, P. Juan María, y os pido perdón por este mal movimiento.

El miraba, con la sonrisa vuelta a sus labios benevolentes, dos lágrimas que resbalaban de mis ojos. Fui yo o fue tal vez él mismo quien prosiguió:

—No nos enternezcamos. Seamos razonables. Lo que está hecho, hecho está. Lo que no tiene remedio, está sin remedio. Llevemos con resignación los resultados de nuestros actos y ofrezcamos nuestras penas a Dios.

Luego, explicó:

—Usted pregunta, ¿por qué no se va usted ma-

ñana? Para evitar un escándalo. He informado a la comunidad hace unas horas, que usted nos deja el martes y se va al noviciado de París. No desengañemos a nuestros hermanos. Ni mintamos tampoco. No hablemos de estas cosas. Dejemos a los novicios y a los postulantes con la piadosa verdad de esta mañana. Prométame usted su silencio hasta que se marche.

Al otro día, me esperaba una sorpresa. Agitado con demasiados pensamientos para estar presente de otro modo que con el cuerpo en los ejercicios, creí no haber entendido el tema para la meditación.

Me sobresalté, pues el maestro de los novicios decía:

—Henri, que nos deja por orden de los superiores, va a edificarnos una vez más pronunciando la meditación.

Un esfuerzo de voluntad resucitó en mí a las palabras muertas. Y comencé sin titubear.

Desde que me callé, el buen P. Juan María, siempre feliz cuando podía elogiar, declaró:

—He aquí una de las más bellas meditaciones escuchadas en mi larga vida religiosa. Henri, procure que su conducta sea siempre perfecta como acaban de serlo vuestras palabras.

En el recreo, fui rodeado. Varios me felicitaron, a manera de anticipo, por mi ida a París. Yo respondía, cual perfecto religioso, que iba dócil como un cadáver, manejable como un bastón, allí donde me enviaban, donde me proyectaban los Superiores, esos infalibles intérpretes de las voluntades divinas. Otros me repetían lo que creían saber del maestro de los novicios y del reverendo padre Superior de París. Yo fingía escucharles con el mayor interés. Y aun, deslumbrado con una gran risa interior, les hacía preguntas.

HAN RYNER

(Continuará.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

A M A N E R A D E C R U Z

La vi cuando sus ojos perdieron la mirada;
se apagaron sus luces;
se desplomó el espacio;
se hundieron sus pupilas
tras el velo rasgado de los párpados.

En su boca de ronca pitonisa
se extinguieron las voces;
los fariseos de falsas democracias
se mofaron, oyendo sus oráculos.
Pero se cumplieron todos.

Se cumplió la vesania del fascismo;
la delación entre hermanos;
invasiones, incendios, campos de la muerte;
jóvenes amasculados;
amasijo de visceras y dientes,
fémures y cráneos;
genocidio, torturas, hornos crematorios;
cadáveres, a millones,
de mujeres y niños calcinados...

¡Interminable rosario de esqueletos...!
(Y el mundo sigue, sigue, como siempre...
arrastrándose, aullando de rodillas,
crismándose contra el suelo,
ante el becerro de oro.)

Las que, en los tiempos felices,
pasaban por hermanas
cuando llegó la noche de los vándalos.
Y se alejaron corriendo,
como asustadas al fulgor increíble
de su primer relámpago.
la negaron tres veces,

Y en la sombra los viejos mercaderes
se reúnen y cuentan la moneda,
como aquéllos del templo.
Pero nadie les escupe
y los arroja afuera a latigazos,
como a vagabundos perros.

Y los Caifás exultan;
los Pilatos festejan;
los Herodes celebran el banquete
de un millón de calaveras...

Y manos episcopales,
con el sortijón enorme,
que deslumbra los ojos,
dan bendiciones a derecha e izquierda,
repartiéndolas bien, acompasadamente
y con sacrosanta unción,
para que el «tam-tam» prosiga;
para que dure in sempiterna saécula,
hasta la consumación de los siglos...

Con la mordaza a la boca
y la cadena al cuello,
la proclamaron libre;
y en su frente, coronada
con las espinas del hambre y el sarcasmo,
le clavaron el INRI.

Y aún está suspendida en la picota,
bajo un cielo de grajos, que ennegrecen la luz;
sobre un campo enlutado como inmenso ataúd;
y un puñal en el pecho, a manera de cruz.

¡A manera de cruz!

Luis BAZAL

Bajo el signo de ESTUDIO y RECREO

Abanico de Lady (el), Wilde	4,00	La demagogia de los hechos	9,00
A caballo del Ande, Samblancat	0,50	El derecho a la pereza, Lafargue	2,50
Actas del Pleno de FF. LL. de la Regional número 2 (diciembre 1945)	1,50	Degüello de inocentes	3,50
Adela y Matilde, C. D.	2,00	Dictámenes del II Congreso del M. L.	1,00
Aiducs (los), Istrati	2,00	Diccionario de sinónimos	5,00
Album de Monros	10,00	» enciclopédico ilustrado	13,00
Alma y amor	3,00	» Parvus - Duplex	3,50
Alma de los lirios	4,00	» Práctico Brevis	3,00
Albores de libertad, Relgis	3,00	» de parónimos	3,00
Alejandro Korn, filósofo de la libertad	1,80	» novísimo	1,50
Amargura de la Patagonia (la), Darío	7,50	» Fr.-Esp. y Esp.-Fr.	9,10
Amalia, Marmol	3,00	18 años en Rusia, Monclús	8,65
Amante de Lady Chatterley, Lawrance	3,00	Diario de la guerra de España, Kolstov	33,00
Amor e ironía, Ytang	7,00	Discurso a la enciclopedia	8,00
Amor y el Señor Lewis (el), Wells	3,00	Domingo blanco	5,00
Amor de cada uno (el), Mata	2,50	Las doctrinas de Amegino	5,00
Amor y pedagogía, Unamuno	4,50	Doña Luz	4,50
Amor sin mañana, Montseny	0,50	Doce pruebas de la inexistencia de Dios	2,00
Amor y el matrimonio (el), Carmichael	2,50	Don Quijote	5,50
Anarcosindicalismo en el Perú	1,50	Don Quijote de Alcalá, Fuyol	2,00
Anarquía ante los tribunales, Gori	1,00	Don Juan Tenorio	2,00
Anarquía al alcance de todos, Urales	0,50	Durruti, Ascaso y la revolución de Julio	0,50
Antología de pensamientos, G. Prada	1,50	El dueño del mundo, Verne	2,00
Antología libertaria	2,00	La Doncella, Voltaire	2,00
Anselmo Lorenzo, Montseny	0,50	La educación, Guyau	6,00
Angeles negros, Mauriac	5,00	Educación e instrucción	6,00
Ancho camino	8,40	Elementos de psicología	6,00
Año tras año, A. López	15,00	Las embajadas	9,50
Apoyo mutuo, Kropotkin	3,00	El embrujo de Sevilla, Reyless	4,00
Aparecido (el), Alaiz	0,50	Las enfermedades, su origen y su curación	0,50
Arte de escribir sin arte, Alaiz	0,50	Entre dos mundos	8,50
Arte accesible, Alaiz	0,50	En familia	3,50
Así cayeron los dados, Botella	8,24	Ensayo y autobiografía de Pasternak	5,00
Ascaso y Durruti	0,50	En el país de los Kibutzs	10,00
Aspectos de la América actual	2,00	Encrucijadas, Botella	8,24
Asociación Internacional de los Trabajadores, J. Guillaume	1,50	Entre campesinos, Malatesta	1,50
Atlántida (la), Benoit	2,50	La Eneida, Virgilio	6,00
Atala-Rene	5,00	Encadenamiento de las ideas	6,00
Aurora espléndida, London	3,50	En marcha, Roosevelt	3,00
Autobiografía, de Pasternak	5,00	Entre la revolución y las trincheras, Berneri	0,50
Avaro (el), Molière	2,50	La erótica en el matrimonio	2,50
Azaña, Alaiz	0,50	España en la ruta por su libertad	2,00
Dafnis y Cloe	4,00	España 1963	1,00
La damita de casa	6,00	Estado, patria y nación	6,00
Las danzas de Raftay	6,00	Estudios literarios, Mauriac	8,00
Dantón, por Belloc	6,00	Estebanillo González	5,00
Debate imaginario entre Marx y Bakunin	1,00	Estudios filosóficos, Schopenhauer	2,00
Democracia cooperativa	10,00	Escarceos sobre China, V. García	10,50
Descubrimiento de la radioactividad	5,00	España hoy	35,00
El desierto del amor	5,00	Escenas de la vida bohemia	2,00
De sus lises y de sus rosas	3,50	La esclavitud moderna	2,00
Desde el fondo de la tierra	5,00	El estuche de nacar	2,00
Descartes, por Fouillé	6,00	Estampas del exilio en América, Feirats	1,50
Depreciaciones de archivo y amortizaciones	2,00	Estado y anarcosindicalismo	1,50
Del sentir y del pensar	3,00	Etica, Kropotkin	3,00
La Debacle, Zola	4,00	Eva futura, de l'Isle d'Adam	2,00
Los deseos de Juan Servén, A. France	2,00	Evasión de Mansfiel	5,00
Las desencantadas, Loti	2,00	El éxodo, Nervo	2,00
		Los extranjeros en la isla	2,00
		El exceso de población y el problema sexual	1,20

Pedidos a nuestro servicio de librería

M. CELMA, 4, rue Belfort - Toulouse (H.-G.)